



AMOR prohibido

ROMANCE MULTIMILLONARIO

JANICA CADE

Amor prohibido

RIVALES DE LA FAMILIA WOLFE, LIBRO 3

JANICA CADE

Copyright © 2024 Janica Cade.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso escrito, excepto que se trate de citas breves incluidas en artículos o críticas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada por Sonja Larsen

Imagen de portada con licencia de Deposit Photos

Copyright de la portada © 2024 por Janica Cade

Editado por Cinta Pluma

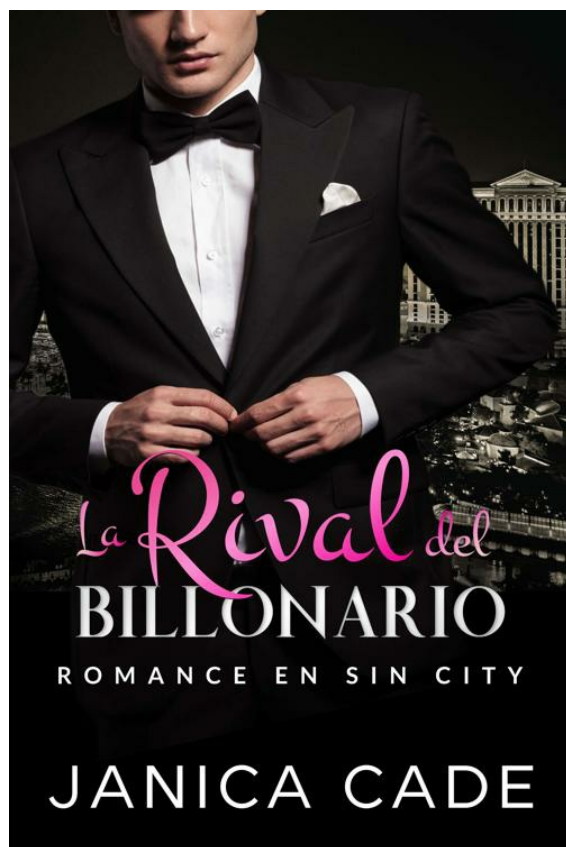


Solo para suscriptores

POR TIEMPO LIMITADO

¿Quieres más romance ardiente con multimillonarios? ¡Únete a mi lista y obtén La Rival del Billonario GRATIS! Es mi regalo exclusivo para lectores que desean romance intenso y lleno de drama.

[Haz clic aquí para reclamar tu copia](#) y estar al tanto de futuros lanzamientos.



janicacade.com/gratis

¡Visita para más contenido exclusivo y libros gratis!

Índice

1. Maya

2. Devin

3. Maya

4. Devin

5. Maya

6. Devin

7. Maya

8. Devin

9. Maya

Epílogo

Sobre la autora

Deja una opinión

Otras obras de Janica Cade



Maya

El sol es brutal hoy, pero no me importa. Me da energía. El calor del desierto es como un reto al que estoy más que dispuesta a enfrentarme. Me subo a una vieja camioneta y enarbolo un cartel hecho a mano con las palabras «SAVE OUR LAND» (Salvemos nuestra tierra) en letras rojas. A mi alrededor, la multitud bulle, una mezcla de lugareños y compañeros activistas, todos unidos por una única causa: detener el Hotel Oasis.

Lena, mi mejor amiga y compañera de juergas, se acerca a mí con sus rizos alborotados saltando sobre la plataforma del camión. Sus ojos color avellana brillan bajo el sol de Nevada.

—Esto va a ser épico. Tenemos a los medios de comunicación aquí, los lugareños están entusiasmados, y he oído que existe la posibilidad de que el propio Devin Wolfe aparezca.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, claro. Devin Wolfe no va a las protestas. Envía a sus secuaces a hacer el trabajo sucio.

Lena sonríe y me da un codazo.

—Bueno, aparezca quien aparezca, estaremos preparados. Este es nuestro territorio.

La adrenalina corre por mis venas.

—Claro que sí.

Aquí es donde florezco: en medio de la acción, luchando por lo que creo. No se trata solo de la tierra. Se trata de enfrentarse a multimillonarios como Wolfe, que creen que pueden comprar lo que quieran.

Cuando los cánticos se hacen más fuertes, veo a un grupo de hombres que nos observan con curiosidad y desdén. Van vestidos con ropa de trabajo polvoriento, mimetizados con la obra que tienen detrás.

Uno de ellos me llama la atención. Una figura imponente se alza ante mí, con sus rasgos toscos cincelados en piedra. Su intensa mirada se clava en mí y me eriza la piel.

Su forma de comportarse, con una postura segura y los hombros anchos, le distingue de los demás trabajadores. Parece casi fuera de lugar, pero hay algo absolutamente magnetizador en él, algo peligroso que me atrae a pesar de mi buen juicio.

Hago un gesto con la cabeza.

—¿Quién es?

Lena sigue mi mirada y centra su atención en él.

—Ni idea, pero seguro que es un caramelo encantador. Tiene ese aire sexy de «yo mando», ¿verdad?

Me bajo del camión.

—Absolutamente. Averigüémoslo.

Lena me tira del brazo.

—Maya, ten cuidado. Está bueno, pero parece problemático.

Mientras echo los hombros hacia atrás, saco pecho.

—Vivo para los problemas.

Me abro paso entre la multitud y me dirijo hacia el tipo que ahora me observa con una expresión ilegible. A medida que me acerco, el aire se carga. Me detengo a unos metros de él, plantando los pies firmemente en el suelo.

Tras echarme el pelo hacia atrás con un movimiento de muñeca, me pongo una mano en la cadera.

—¿Estás aquí para mirar o para trabajar?

Traza lentamente mis curvas con sus febriles ojos ámbar.

—Depende. ¿Qué has venido a hacer?

Inclino la barbilla y me cruzo de brazos.

—Estoy aquí para impedir que esta monstruosidad lo destruya todo. ¿Y tú?

Sonríe, pero es más bien una mueca, como si supiera algo que yo ignoro.

—Estoy aquí para asegurarme de que las cosas vayan bien.

Me enfado.

—¿Qué vayan bien? ¿Quieres decir bien para la gente que tiene la intención de arrasar este lugar hasta el olvido?

Se encoge de hombros, nada intimidado por mi fuego.

—Claro, algo así.

Me acerco un poco más y le miro a la cara.

—Te das cuenta de que esta tierra es algo más que tierra y rocas, ¿verdad? Es un hogar, un santuario. No puedes venir y destruirlo.

Su mirada se afila y aparece un destello de interés, pero desaparece tan rápido como llegó.

—¿Y crees que puedes detenerlo?

Mientras cuadro los hombros, levanto la barbilla.

—Es verdad. La gente como tú cree que puede arrollar a todo el mundo, pero te equivocas.

Levanta una ceja y una comisura de sus labios masculinos se eleva.

—¿Gente como yo?

Asiento con la cabeza, negándome a echarme atrás.

—Sí. Gente que cree que el dinero y el poder les dan derecho a hacer lo que les dé la gana.

Se ríe. Es un sonido grave y rico que me eriza la piel.

—Eres luchadora. Eso me gusta.

Mientras le fulmino con la mirada, me clavo las uñas en los puños.

—No he venido aquí para caerte bien.

Arquea una ceja y su cabeza se inclina hacia un lado.

—No. Estás aquí para luchar.

Sus palabras traen más calor al aire circundante. Hay una energía que me cuesta precisar, pero es algo que va más allá de la protesta y de la tierra. Es química, y hace que mi corazón se acelere de una forma que no tiene nada que ver con la ira.

Doy un paso atrás para poner distancia entre nosotros, pero su mirada es ardiente e inquebrantable. Levanto más la barbilla y establezco un fuerte contacto visual.

—No me intimidas.

Coloca sus poderosas manos sobre sus anchas y masculinas caderas.

—No pretendía hacer eso. Me gustaría entenderte.

—No te molestes. —Giro sobre mis talones y marchó hacia la multitud—. No me interesa.

Mientras me alejo, le oigo gritar tras de mí:

—Nos vemos, Maya.

Me doy la vuelta y me quedo con la boca abierta.

—¿Cómo sabes mi nombre?

No contesta. Se queda ahí de pie, observándose con una sonrisa de suficiencia.

Miro hacia delante para seguir marchando hacia mi pueblo. Mi cuerpo bulle de emociones: curiosidad, fastidio y algo más que soy incapaz de identificar.

Sea quien sea, no es un trabajador más. Obviamente es guapo, pero demasiado arrogante para mi gusto. Hay algo más en él, algo que debo descifrar. Pero por ahora, tengo una protesta que dirigir. No dejaré que un chico guapo con una sonrisa burlona me distraiga de mi misión.

Lena me alcanza.

—¿Y? ¿Qué pasa con él?

Sacudo la cabeza para despejar la niebla de mi cerebro.

—Ni idea, pero definitivamente no está aquí para ayudarnos. No le pierdas de vista. Su etiqueta dice «David».

Mira hacia atrás por encima del hombro.

—Lo haré. ¿Estás bien?

Desvío la mirada.

—Sí. Volvamos al trabajo.

Pero mientras levanto mi pancarta y me uno a los cánticos, mis pensamientos vuelven a él y a su mirada ferviente. Sea quien sea, tengo la sensación de que no será la última vez que le vea. Y ese pensamiento me excita y me aterroriza.



Devin

El calor de la confrontación aún hierve en el aire. Esta chica, Maya López, no es lo que esperaba. Feroz, decidida y sin ningún miedo a enfrentarse a mí. Es una fuerza de la naturaleza y, aunque la admiro, no estoy aquí para eso. Debo controlar la situación y domar este fuego salvaje, y eso significa mantenerla cerca.

Mientras la protesta continúa, mi vista la sigue, rastreando cada uno de sus movimientos. Ahora está de vuelta en el camión, liderando a la multitud, con su apasionada voz por encima del ruido.

Mientras reúne y dirige a la gente, su ondulado pelo castaño cae en cascada por su espalda, enmarcando su piel resplandeciente. Sus profundos ojos marrones brillan con el fuego de su causa.

Sus acciones deberían molestarme, pero me intrigan. Es embriagadora.

Basta ya. Avanzo, abriéndome paso entre la multitud de manifestantes, ignorando las miradas y los murmullos que me siguen. Mi atención se centra en ella, y nada más importa.

Cuando llego al camión, me planto firmemente en su campo visual, esperando a que se fije en mí. No tarda mucho. Su mirada encuentra la mía y se queda inmóvil antes de separar sus labios seductores.

—¿Estás descansando de hacer de capataz?

Levanto una ceja, sin que me moleste su tono seco.

—Tengo curiosidad por ver cómo va la protesta.

Salta del camión y aterriza delante de mí con una elegancia que me dice que ya ha hecho esto cientos de veces.

—Si estás aquí para jugar limpio, no te molestes. Los dos sabemos cómo acaba esto.

—¿Seguro? —Me acerco, asegurándome de que siente el calor de mi presencia. Un aroma a vainilla llena mis fosas nasales y me hace perder el hilo de mi razonamiento. Vuelvo a centrarme en sus ojos color cacao—. No estoy aquí para pelear, Maya. Hablemos.

Sin dar un paso atrás, estrecha sus orbes marrones sobre mí.

—¿Hablar de qué? ¿De cómo vas a arrasar esta tierra y llamarlo progreso?

Mientras me fijo en ella, mis latidos se aceleran.

—No. Encontremos una solución que funcione para ambos.

Su risa es corta, casi áspera.

—Aquí no hay «ambos». Solo estás tú destruyendo esta tierra y yo salvándola.

—No estoy aquí para destruir nada. —Acercándome, cierro la distancia que nos separa hasta que puedo oler de nuevo su dulce aroma—. Estoy aquí para proteger lo que importa.

—¿Y qué te importa a ti? —Quiere desafiarme, pero la curiosidad en su voz la traiciona.

—Tú. —La palabra se me escapa antes de que pueda detenerla.

Sus labios celosos se separan y ella los lame.

He tocado un nervio.

Ella se recupera rápidamente, su máscara se desliza de nuevo en su lugar.

—Ni siquiera me conoces.

—Puede que no. —El sonido de mi voz baja—. Pero lo haré.

El aire se llena de una densa carga eléctrica y ninguno de los dos dice nada. Nos quedamos ahí, con los ojos fijos, en una batalla silenciosa.

Finalmente, pone fin a la tranquilidad.

—¿Qué es lo que realmente quieres?

—Quiero que nos veamos mañana. —Mi tono no deja lugar a discusión—. En privado. Discutamos esto sin el ruido y la distracción.

Vacila, su mirada fija en la mía. ¿Cree que estoy jugando con ella?

Probablemente, pero me gusta el reto.

—¿Por qué debería confiar en ti? —Su voz es más suave ahora, casi vulnerable.

—Porque deseas salvar esta tierra, y te estoy dando la oportunidad de lograrlo. Pero tenemos que hablar, solo tú y yo.

Mi forma de hablar es segura, pero firme y protectora.

Se muerde el labio. No parece alguien que se echaría atrás, pero es lista y sabe que esta puede ser su única oportunidad de cambiar las cosas.

Finalmente, un pesado suspiro emana de sus labios.

—Bien. Mañana.

Asiento con la cabeza, sintiendo una sensación de satisfacción. Cuando me giro para alejarme, su mirada se clava en mi espalda, así que la miro por encima del hombro y le dirijo una sutil sonrisa de complicidad.

—Nos vemos mañana a las 8 en punto, Maya.

No responde, solo se queda ahí con una mano en la curva de la cadera. Puede mirarme todo lo que quiera. Tal vez esté pensando en mí y en lo que deparará el mañana. Eso espero.

Mientras me alejo, siento una profunda necesidad. Mañana la tendré a solas y veremos hasta dónde está dispuesta a llegar para salvar lo que le importa.

Y descubriré hasta dónde soy capaz de llegar para conseguir lo que quiero.

*Devin*

A la mañana siguiente, llego temprano al lugar de trabajo. El sol aún no ha salido del todo, pero no me importa. No estoy aquí por el amanecer; estoy aquí por Maya. Anoche no podía dejar de pensar en la profundidad de sus ojos y en cómo se mantenía firme. Tengo que descubrirla, ponerla de mi lado, o al menos evitar que se interponga en mi camino.

Mientras compruebo el lugar, me aseguro de que todo esté en su sitio para nuestra reunión. No debe ser ni demasiado formal ni demasiado informal. Quiero que se sienta a gusto, pero que comprenda la gravedad de este asunto.

Apenas me he instalado en la oficina cuando suena mi teléfono. Es mi asistente.

—La señorita López está aquí.

Ha venido.

La satisfacción me invade y sonrío.

—Hazla pasar.

La puerta se abre y Maya aparece vestida con una camiseta de tirantes y una falda ajustadas. La camiseta de tirantes es de un suave color crema y ciñe su amplio pecho, mientras que la falda es de un sencillo color negro que le cae justo por encima de las rodillas. Lleva el pelo recogido en una coleta y algunos mechones sueltos enmarcan su rostro. Irradia seguridad y encanto.

Me levanto para saludarla.

—Buenos días. Gracias por venir.

Al entrar en la habitación, se percibe un leve aroma a vainilla y rosa. Es un aroma embriagador que refuerza su aura de confianza.

Ella esboza una sonrisa tensa.

—Vamos a terminar con esto.

Señalo la silla frente a la mía.

—Por favor, siéntate.

Se detiene un segundo y luego avanza, ocupando el asiento. Sus penetrantes ojos no se apartan de los míos, y hay un desafío en ellos. Parece un desafío.

Me siento frente a ella, ligeramente inclinado hacia delante.

—Quería tener esta conversación porque a los dos nos importa lo que pase aquí, aunque lo veamos desde ángulos diferentes.

Cruza sus suaves piernas de bronce y apoya el codo en el brazo de la silla.

—Te importa la tierra, ¿verdad? —pregunta

—Sí, me importa. Hagamos que esto funcione para nosotros.

Sus pupilas se contraen.

—Que funcione para ti, querrás decir.

Respiro y relajo los hombros.

—No, para *nosotros*. ¿Por qué iba a organizar esta reunión y luego pasar por encima de tus preocupaciones, Maya? Me gustaría encontrar puntos en común.

Ella se burla y finge una sonrisa.

—Claro. Es creíble.

Inclinándome hacia atrás, la observo.

—No te pido que confíes ciegamente en mí. Me gustaría que me dieras la oportunidad de demostrarlo.

Ladea la cabeza, estudiándome.

—¿No deberías estar reunido con el ayuntamiento o algo así? ¿Desde cuándo le importa a alguien como tú lo que yo piense?

Hago una pausa y medito mis próximas palabras.

—Te respeto, Maya. Veo lo que haces, y creo que hay algo más en ti que esta pelea.

Arruga las cejas.

—Vaya, eso espero.

Sigo con mi línea de pensamiento original, a pesar de su sarcasmo.

—Eres inteligente, capaz y tienes mucha pasión. Pero estás librando una batalla que no entiendes del todo.

Ella se eriza ante eso, sentándose más erguida.

—¿Qué tengo que entender? Estás construyendo en tierra sagrada y yo te lo impido. Es muy sencillo.

Decido rebatir.

—No es tan sencillo. Aquí hay algo más en juego que la tierra. Está la comunidad, los puestos de trabajo y el impacto económico. No se trata solo de ti, de mí y del planeta, sino de todos los implicados.

Se queda mirando durante un buen rato.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? ¿Cómo propones que encontremos un terreno común?

Sonrío, percibiendo un cambio en la conversación.

—Empezamos hablando de lo que más te importa. ¿Cuáles son tus puntos no negociables?

Ella levanta una ceja escéptica.

—¿Mis puntos no negociables?

Cojo un bolígrafo y coloco la mano sobre un bloc de notas, listo para escribir.

—Sí. Tus imprescindibles. Dímelo.

Mientras tuerce la boca, mira hacia una esquina antes de volver a centrarse en mí.

—Bien. Número uno: No destruir el paisaje natural. Eso significa no arrasar, no talar árboles y no rellenar las fuentes naturales de agua.

Asintiendo, apunto su primer punto.

—De acuerdo. Podemos trabajar con eso.

—Número dos: Hay que proteger la fauna local. Eso significa no alterar sus hábitats ni expulsarlos.

Mientras sostengo el bolígrafo en la mano, la miro a los ojos.

—De acuerdo. Ya hemos empezado a planificar corredores para la fauna y la preservación del hábitat.

Ella parpadea, claramente sin esperarlo.

—Y número tres: La comunidad tiene que beneficiarse, no solo tus inversores. Eso significa empleos locales, salarios justos y que los recursos vuelvan a la zona.

Dejo el bolígrafo y me acomodo en la silla.

—Ya está hecho. Estamos trabajando en asociaciones con empresas locales y nos comprometemos a contratar a gente de la comunidad.

Entrecierra los ojos, analizándome.

—Solo dices lo que quiero oír.

—No juguemos, Maya. Estoy aquí para avanzar. Contigo.

Ella parece considerarlo, su mirada nunca deja la mía.

—¿Por qué conmigo?

—Porque tú eres la clave para que esto funcione. Tienes la pasión, el empuje y la conexión con la comunidad. Te necesito a bordo para asegurar que esto sea un éxito.

No está acostumbrada a oír esto de alguien como yo, y la desconcierta.

—Entonces, ¿harás todo lo de mi lista?. —Su tono sigue siendo escéptico—. ¿No tienes que consultarlo con los responsables? Te agradezco la iniciativa, pero tú trabajas aquí. ¿Quién manda?

Mantengo una expresión neutra y resisto el impulso de sonreír.

—Tengo más influencia de la que crees. Soy tu conexión con los que toman las decisiones. Dejémoslo así.

Mientras abre y cierra la boca, se frota la oreja.

—¿Estás diciendo que, si trabajo contigo, las cosas podrían cambiar?

Asiento con la cabeza.

—Sí. No estoy aquí para hacerte perder el tiempo, Maya. Estoy aquí para asegurarme de que este proyecto funcione para todos.

Sin decir nada, sus cejas se tensan.

—Digamos que te creo. ¿Qué pasará después?

Mientras formo una torre con las manos, mantengo el contacto visual.

—A continuación, trabajamos juntos. Tú aportas tus preocupaciones e ideas, y luego encontramos soluciones que funcionen para todos.

Da golpecitos con un dedo índice en su sensual labio rosado.

—¿Y si no podemos encontrar una solución?

—Entonces seguimos hablando hasta que lo hagamos. —Inhalo una bocanada completa por la nariz y exhalo por la boca—. Quiero que esto funcione.

Me estudia durante un buen rato mientras sopesa sus opciones.

—De acuerdo —dice finalmente, con voz firme—. Estoy dispuesta a hablar.

Sonrío.

—Bien. Empecemos mañana.

Hace un gesto antes de apretar los labios.

—No esperes que me amedrente, David. No te lo pondré fácil.

Mientras miro profundamente sus ardientes ojos marrones, la comisura de mi boca se levanta.

—No esperaba menos.

Mientras estamos sentados en silencio, una sutil excitación se extiende por mi entrepierna. Dios, la deseo. Muchísimo. Todo en mí la anhela, pero mientras ella me atrae, hago un voto

silencioso de mantener las distancias.

Finalmente, se levanta, rompiendo el hechizo.

—Bueno. Hasta mañana, entonces.

Yo también me pongo de pie, mi cuerpo aún magnetizado por su presencia.

—Excelente.

Se da la vuelta y se dirige a la salida, pero antes de irse se detiene y me devuelve la mirada.

—Te veo, David. Crees que puedes meterte en mi cerebro.

Ladeo la barbilla, aprieto los labios y le sigo el juego.

—Puede ser. Pero me dejas.

Sus labios se separan y muerde el inferior.

—Eso ya lo veremos.

Se marcha y me deja solo en el despacho.

Se ha ido, pero la tengo donde quiero, y ahora es solo cuestión de tiempo que la reclame como mía.



Llega el día siguiente, y una vez más estoy en el terreno temprano, preparándome para nuestra reunión. La oficina está lista y todo está en su sitio, como ayer. Pero hoy es diferente, y es confuso. No soy de los que se sienten nerviosos o excitados antes de una reunión. Hoy siento ambas cosas.

La espera no es larga. La puerta se abre con un suave crujido y Maya entra, su mirada se fija inmediatamente en la mía. Su pelo oscuro le cae suelto alrededor de la cara, enmarcando sus rasgos afilados.

Su falda azul marino se ciñe a sus caderas y cae por encima de sus rodillas, mientras que su blusa blanca escotada deja entrever sus delicadas clavículas y el suave oleaje de su escote.

El aromático olor a vainilla flota de nuevo en el aire y hace que mi entrepierna se caliente antes de salir a su encuentro.

—Buenos días.

Echa un vistazo a la habitación antes de posar sus ojos en mí.

—Buenos días.

Señalo una silla frente a la mía.

—¿Lista para empezar?

—Seguro. —Su pecho se agranda con cada respiración profunda, la tela de su blusa se estira con el movimiento.

¿Le afectan nuestros encuentros tanto como a mí?

Avanza a grandes zancadas, ocupando el asiento. ¿Por qué me desafía constantemente con su atrevida mirada?

Sea lo que sea, me tiene deseándola. Me atrae y necesito más.

Relajo los hombros y me relamo los labios.

—He estado pensando en lo que dijiste ayer: tus preocupaciones, tus exigencias. Podemos hacer que esto funcione.

Se cruza de brazos, echándose hacia atrás e imitando mi postura.

—Dices eso, pero no me has mostrado nada concreto.

Asiento con la cabeza, reconociendo su punto de vista.

—Me parece justo. Concretemos. Has pedido que no se destruya el paisaje natural. Estoy de acuerdo. Ya hemos empezado a trabajar en planes para integrar el complejo en el entorno existente en lugar de destruirlo.

Ella levanta una ceja, aún escéptica.

—¿De verdad esperas que me lo crea?

Mis pupilas se fijan en las suyas antes de arquear una ceja.

—¿Por qué no miras tú mismo los planos? Dame tu opinión y ayúdame a mejorarlo.

Su visión se estrecha. No tiene intención de confiar en mí ni de ceder.

—¿Y qué hay para ti? —Su voz se vuelve cortante—. ¿Por qué te importa lo que pienso?

Siempre son las mismas preguntas escépticas. Esta chica es terca como una mula, pero está buena y me dan ganas de tomarla. Ahora.

Inhalo profundamente antes de darle más o menos la misma respuesta que ayer.

—Quiero que este proyecto tenga éxito, así que trabajemos juntos, no unos contra otros.

Me observa atentamente.

—¿Y me dejarás opinar? ¿Así de fácil?

—Trabajar juntos significa compromiso y colaboración. No tienes que estar de acuerdo con todo lo que digo, pero debes estar abierta a encontrar soluciones.

Se inclina hacia delante, su mirada apasionada.

—Vas muy en serio con esto, ¿verdad?

—Por supuesto.

Su mirada ferviente sostiene la mía y me atrae de nuevo.

No puedo ignorarlo.

Finalmente, rompe el silencio.

—De acuerdo. Digamos que estoy dispuesta a intentarlo. ¿Por dónde empezamos?

Me recorre una sensación de logro.

—Excelente. Empezaremos repasando los planos. Quiero tu opinión sincera, tus ideas. Cambiamos cosas si es necesario para asegurarnos de que actuamos en el mejor interés de la tierra y la comunidad.

Reconoce, aunque veo que sigue recelosa.

—¿Y si no me gusta lo que veo?

Me encojo de hombros.

—Entonces lo cambiamos. No estoy aquí para impulsar nada con lo que no estés de acuerdo.

No responde enseguida. Probablemente no está acostumbrada a tener poder e influencia. Es confuso para ella.

—¿Por qué yo? —Su voz se ha vuelto más suave y vulnerable—. ¿Por qué quieres tanto mi aportación?

La miro y mantengo el contacto visual para ganar.

—Porque te importa y puedes ver el panorama completo. No luchas por luchar, luchas porque aspiras a tener un impacto. Admiro eso.

Sus cejas se levantan, como si no esperara esa respuesta. Se lame sus sensuales labios y su mirada baja antes de encontrarse con mis ojos.

—No me conoces.

—No. —Mi expresión se suaviza—. Pero me gustaría.

Ella sonríe, pero rápidamente lo disimula, sentándose más erguida.

—Bueno, deberíamos mantener esto profesional.

Hay algo en su comportamiento que me hace querer inclinarla sobre mi escritorio para comprobar hasta qué punto lo quiere realmente profesional. Pero me contengo.

Inclino la barbilla, levanto las palmas de las manos y me aclaro la garganta.

—Por supuesto. Puedo enseñarte lo que tenemos hasta ahora, y podemos discutir a dónde ir desde aquí.

Ella afirma.

—Vale. Enséñame lo que tienes.

Después de coger una carpeta grande, la dejo sobre una mesa auxiliar.

—Aquí están.

Se levanta y camina con decisión hacia la carpeta.

Desvío mi atención hacia los documentos y me centro en los planos. Mientras los reviso, la vigilo, observo sus reacciones, calibro su interés.

Es aguda, hace las preguntas adecuadas y señala los posibles problemas. Está claro que sabe lo que hace y eso me atrae aún más.

Repasamos los planos durante casi una hora, hablando de todo, desde la distribución del complejo hasta el impacto en la fauna local.

Sigue siendo escéptica, pero está comprometida, los engranajes giran en su cabeza. Se rasca la sien.

—Bien. Esto no es tan malo como imaginaba.

—Como ya he dicho, no tengo intención de causar daño. Vamos a crear algo que funcione para todos.

Se gira para mirarme de frente y sus pupilas dilatadas se fijan en mí.

—No paras de decirlo, pero ¿realmente crees que es posible?

Tengo muchas ganas de tocar su piel brillante, pero en vez de eso me meto la mano en el bolsillo.

—Yo sí, pero va a hacer falta colaboración para conseguirlo.

Se queda callada un rato, considerando mis palabras. Finalmente, acepta.

—Vale. Estoy dispuesta a intentarlo.

—Bien —respondo—. Vamos a ser un gran equipo, Maya.

Ella no responde, solo me mira fijamente con esos ojos tan intensos que tiene.

Cuando termina la reunión, me levanto y le ofrezco la mano.

—Gracias por venir, Maya. Te agradezco que estés abierta a esto.

Me da la mano.

—No hagas que me arrepienta de esto, David.

Me hormiguea la piel por su contacto, pero pongo mi mejor cara de póquer.

—¿Por qué te arrepentirías?

Cuando se da la vuelta para irse, se detiene y vuelve a mirarme.

—Porque estás ocultando algo.

Sonrí, manteniendo una expresión neutra.

—¿No ocultamos todos algo?

Sus ojos marrones se clavan en los míos antes de dirigirse finalmente a la puerta.

—Te veré mañana.

Sonrío, una oleada de calor me recorre.

—Hasta mañana.

Duda, con la mano en el pomo de la puerta. Después, me hace un pequeño gesto con la cabeza y sale, dejándome allí de pie con una sensación ferviente en el pecho.

Exhalo y me acerco a la ventana, observando cómo se aleja del container de la oficina. Hay algo en ella, algo que me atrae, y es algo más que el reto de conseguir que se sume al proyecto. Es algo personal.

Pero justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, un pequeño zumbido en el armario del despacho me llama la atención. Me acerco y veo que su teléfono vibra contra la madera. Se lo habrá olvidado.

Lo cojo y rozo con los dedos la superficie lisa cuando vuelve a zumbar y se ilumina con un mensaje entrante. El mensaje de la pantalla me detiene en seco.

Cameron: Ya te echo de menos. Anoche fue inolvidable. Estoy deseando volver a verte.

Aprieto el teléfono con fuerza. No tengo ni idea de quién es este tipo, pero esto no me gusta nada.

Un calor agudo me retuerce el abdomen. ¿Está con alguien más?

Antes de que pueda pensar demasiado en ello, la puerta se abre con un chirrido y Maya vuelve a entrar, escudriñando la habitación hasta que sus pupilas se posan en mí.

—Olvidé mi...

—Tu teléfono —le digo, cortándola, con un tono más áspero de lo que pretendía. Mientras le tiendo el teléfono, observo su reacción.

Desvía la mirada antes de optar por una sonrisa despreocupada y coger el teléfono—. Gracias.

No lo suelto inmediatamente, pero al final se lo entrego.

—Parece que alguien está deseando hablar contigo.

Cuando sus pupilas se dilatan un poco, se pone rígida, pero se recupera rápidamente y mete el teléfono en el bolso como si nada.

—Sí, es un amigo.

Mi mandíbula se aprieta.

—Debe ser un muy buen amigo.

Me mira y me ofrece una pequeña sonrisa, casi forzada.

—Nos vemos mañana, David.

Se da la vuelta y se marcha antes de que pueda decir nada más.

Permanezco inmóvil durante unos instantes, con la mente en un torbellino de pensamientos que no puedo precisar.

La imagen de la pantalla de su teléfono con ese mensaje de Cameron arde en mi cerebro. ¿Quién es? ¿Y por qué siento que me estoy entrometiendo?

¿Por qué me importa tanto? Acabo de conocerla y no es nada para mí.

No tengo respuestas, pero lo averiguaré. Hay más cosas que descubrir... sobre ella, Cameron y mis emociones.

Cuando por fin vuelvo a mi mesa, la inquietud persiste, pesada y confusa. No solo estoy tratando con una líder social. Esta mujer me ha hecho necesitar y desear su atención.

No lo vi venir y no sé qué hacer.



Maya

Salgo del despacho y respiro unos segundos mientras me abanico el sudor de la cara. Es como si el aire del interior de aquella habitación estuviera caliente y me consumiera, dificultándome la respiración. Sé exactamente por qué.

Hay una atracción, y es demasiado fuerte para mi gusto. La forma en que me mira... es como si me desnudara con sus ojos y viera directamente a través de mi alma. Es desconcertante.

En cuanto piso la grava arenosa, saco el teléfono del bolso y veo un mensaje de texto en la pantalla.

Mis hombros caen. Genial. Cameron. Sabía que enviaría un mensaje, pero no esperaba que fuera tan pronto. No es que anoche fuera terrible. Es que... bueno, Cameron no es exactamente el hombre en el que estoy pensando ahora. Y eso es un problema.

Los ojos de David —o quienquiera que sea— siguen clavados en mí, aunque esté fuera. Me mira a través de la ventana de la oficina. Se había dado cuenta del mensaje y parecía visiblemente molesto.

Debería disfrutar de la victoria, pero no puedo. Estoy bastante segura de que me gusta este tipo de la construcción y eso está complicando las cosas. Ugh. Odio lo complicado.

—Hola, ¿va todo bien? —La voz de Lena me saca de mis pensamientos mientras camina hacia mí, con su energía siempre presente prácticamente zumbando a su alrededor.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolso, fuera de mi vista, fuera de mi mente. Por ahora, al menos.

—Sí, solo lidiando con... cosas.

—¿«Cosas» como el misterioso Sr. David? Me di cuenta de que te miraba. Es guapo. ¿Seguro que no está mezclando negocios con placer?

Me burlo, quitándomela de encima.

—Por favor. Es un medio para un fin, nada más. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme que un tipo jugando a ser capataz de obra.

Lena sonríe, pero su mirada es cómplice.

—Si tú lo dices, pero había una gran atracción química entre vosotros. Saltaban chispas.

Me encojo de hombros y le quito importancia, pero no lo niego. Saltaron chispas, y no solo porque estuviéramos discutiendo sobre el proyecto. Hay algo en él que me hace difícil pensar con claridad. Hace que mis hormonas se desborden, y eso lo odio.

Dirijo la conversación hacia algo que realmente puedo controlar.

—Centrémonos en la tarea que tenemos entre manos, ¿vale? Debemos seguir presionando y asegurarnos de que entienden que no nos vamos a echar atrás.

Lena asiente, con la mandíbula desencajada.

—Estoy de acuerdo. Tenemos el impulso y debemos mantenerlo. Pero Maya... ten cuidado, ¿vale? Este tipo —sea quien sea— es picante, y puede que incluso peligroso.

Tiene razón. David está tan caliente como un fuego ardiente, pero prefiero no confirmar sus sospechas.

Levanto la barbilla y continúo:

—Puedo con él. Además, si cree que puede engatusarme para que me eche atrás, se está buscando otra cosa.

Lena asiente y se pellizca la piel de la garganta. Ha estado conmigo en cada idea loca y en cada decisión imprudente, así que sabe cuándo pasa algo.

—Ten cuidado, ¿vale? Ya sabes cómo te pones cuando se te presenta un reto.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Ya te he dicho que estoy bien. Dejémoslo así.

No parece convencida, pero me abraza antes de dirigirse a su coche. Nos vemos mañana.

—Sí, nos vemos —le contesto, viéndola marcharse. Cuando entro en el coche, la presión del día pesa sobre mis hombros.

Conduciendo por las calles secundarias de Las Vegas, la conversación con David se repite una y otra vez en mi mente. La forma en que me miró, la manera en que recorrió mi cuerpo con sus ojos... me emociona, y no puedo negar la atracción que siento por él. Me cautiva como ningún otro.

Y luego está Cameron. El fiable Cameron, que siempre ha estado ahí cuidando de mí. Su mensaje me recuerda una conexión que no conlleva los mismos riesgos, pero que tampoco me

ilumina como David.

Cuando llego a mi edificio, el tira y afloja interno me ha dejado exhausta. Cuando veo el BMW de Cameron aparcado fuera, mi cuerpo se tensa de nuevo. Claro que está aquí. Lena debe de haberle avisado; siempre es ella la que da la voz de alarma cuando ve que estoy a punto de cometer una estupidez.

Cuando me acerco al edificio, lo veo apoyado en la pared de estuco gris topo, con sus brazos larguiruchos cruzados, esperándome. En su cara aparece una expresión que ya he visto antes. Ha venido a hacerme entrar en razón.

Ofrece una sonrisa amarga.

—Maya. Deberíamos hablar.

Suspiro, sabiendo exactamente a dónde va esto.

—Lena te ha llamado, ¿verdad?

Él asiente, sin molestarse en negarlo.

—Sí, lo ha hecho. Está preocupada por ti, y sinceramente, yo también.

Le quito importancia.

—No hay nada de qué preocuparse.

Acercándose, sus ojos azul océano se suavizan.

—Maya, vamos. Este tipo te sobrepasa.

Sacudo la cabeza.

—No es verdad.

Cameron resopla.

—Este tipo (David, o como se llame), no es alguien con quien quieras meterte. Está jugando a un juego mental, y no quiero que te hagan daño.

Me entra calor por las fosas nasales.

—No soy una damisela en apuros, así que no necesito que me rescaten.

—Sin embargo, tienes mucho en juego. Estás luchando por algo importante, y no puedes dejarte distraer por un tipo que es claramente una mala noticia.

Miro hacia otro lado. Tiene razón, y debería alejarme de David, pero ¿puedo?

Cameron me toca el brazo.

—Significas mucho para mí, Maya. Siempre me has importado, pero persigues algo que no es real.

Se me revuelve el estómago. Cameron siempre ha sido la opción segura, pero la seguridad nunca ha sido mi fuerte.

Quiero a David, y no voy a negarlo por más tiempo. Pero ¿sería capaz de contenerlo y olvidarme de él, sobre todo cuando está allí en el terreno todos los días? Trago saliva.

—Esto es tan confuso.

Cameron aprieta los labios antes de suspirar.

—No hace falta que lo descubras ahora. Simplemente no dejes que se acerque demasiado.

Asiento con la cabeza, sin confiar en mí misma para decir nada más. ¿Cómo puedo mantener las distancias con David cuando todo en él me atrae?

Cameron me lanza una mirada larga y escrutadora antes de dar un paso atrás.

—Si necesitas algo, llámame.

Levanto la barbilla en su dirección.

—Gracias.

Asiente con la cabeza. Luego, con una última y persistente mirada, se da la vuelta y se dirige a su coche, dejándome sola en la creciente oscuridad.

Mientras lo veo alejarse, la rigidez de mis músculos no disminuye. Al contrario, se tensa, como una espiral que se enrolla en mi interior, a punto de romperse. Estoy atrapada entre dos mundos, y las decisiones que tome ahora podrían cambiarlo todo.

Con una larga inhalación, me dirijo al interior y lo alejo todo. Pero incluso cuando cierro la puerta tras de mí, no puedo escapar de los pensamientos que se agolpan en mi mente: el intenso calor de David frente a la preocupación de Cameron por mi bienestar. Es como si me tiraran en direcciones opuestas.

Tras dejar caer las llaves sobre la encimera, me hundo en el sofá del salón, con la cara entre las manos. Necesito despejar la mente para averiguar qué deseo, pero cuanto más pienso, más se enreda todo.

Mientras estoy allí sentada, el silencio del apartamento se apodera de mí.

Me estoy colgando de mala manera por este tipo. Y no hay salida fácil.

*Devin*

Miro fijamente el teléfono, con la mano sobre el botón de enviar. El mensaje es sencillo, pero ¿me estoy pasando de la raya?

Necesito a esta mujer y no creo que pueda contenerme ahora. La atracción es demasiado profunda. Reúno mis pensamientos y pulso enviar antes de que pueda dudar de mí mismo.

Yo

Hablemos de nuestros planes durante la cena de esta noche.

Vale. Listo. Y ahora, es hora de jugar al juego de la espera hasta que responda, pero ¿dónde debo llevarla si dice que sí? Tiene que ser discreto, fuera del radar, para que no haga demasiadas preguntas. En algún lugar donde pueda mantener esta farsa un poco más.

¿Dónde sería eso?

Mientras camino por mi estudio, el teléfono zumba en mi bolsillo. Lo saco, medio esperando una respuesta de Maya, pero es mi hermano Zack. Qué oportuno.

Mientras mantengo el nerviosismo fuera de mis cuerdas vocales, me aclaro la garganta.

—Zack.

—¡Devin! ¿Qué pasa, hermano? —La voz de Zack está llena de energía, como siempre—. Suenas extraño. ¿Qué pasa?

Mis respuestas son breves y básicas.

—Estoy bien.

—Uh-huh. ¿Estás trabajando en lo de Oasis otra vez? He oído que va a ser matador.

Me masajeo las sienes para aliviar la presión.

—Sí, el proyecto está saliendo adelante, pero eso no es realmente lo que tengo en mente.

—¿Oh? —El tono de Zack cambia—. Comparte.

—Hay una chica —empiezo, ya arrepintiéndome de haber sacado el tema—. Ella es... diferente.

—¿Diferente cómo? —La voz profunda de Zack suena divertida—. ¿Diferente como «me voy a casar con esta chica», o diferente como «le faltan algunos tornillos»?

—Ni lo uno ni lo otro —digo, aunque no estoy del todo seguro de que sea cierto—. Es inteligente, impulsiva y se preocupa por el medio ambiente. El tipo de chica que normalmente odiaría todo sobre mi mundo.

Se ríe entre dientes.

—Y te gusta. Claro, te gusta porque el universo tiene un extraño sentido del humor.

—Así es.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunta—. Normalmente tienes todo esto resuelto.

—Voy a llevarla a cenar a algún sitio esta noche y necesito un lugar que no me descubra.

Zack es el hermano más moderno y elegante del clan Wolfe. Como es dueño de una cadena de clubes nocturnos de gran éxito, siempre tiene al público esperando su próximo movimiento. Eso significa que puede que conozca algún sitio al que llevar a Maya.

Pasa un rato de silencio antes de que vuelva su voz.

—Espera, ¿todavía sigues con eso del «multimillonario escondido»? Esperaba que ya lo hubieras superado.

—Tengo mis razones. No es por el dinero, es por...

—Déjame adivinar —interrumpe Zack—. Permanecer fuera del radar, mantener las cosas reales, bla bla bla. Esa es tu excusa para no afrontar la realidad.

Aprieto los dientes.

—O tal vez no quiero que piense que soy como cualquier otro tipo que alardea de su riqueza.

Zack sisea.

—Tío, a las mujeres les encanta el dinero. Les encantan los multimillonarios y *quieren* el estilo de vida y la seguridad. ¿Por qué lo escondes?

Tras pasearme junto a la ventana, me detengo.

—Prefiero no complicar las cosas, con lo que pasó y todo eso.

—Sí —dice—. Pero al final, tendrás que afrontarlo.

—Soy consciente de ello —digo, siendo breve—. Pero ahora no. Lo que necesito ahora es consejo sobre dónde llevarla. Por favor.

—De acuerdo. Llévala a un restaurante vegetariano. Encajará con su rollo de salvar el mundo. Además, no es un lugar al que irías normalmente, así que mantiene el secreto.

Hago una pausa, considerando la idea.

—Vegetariano, ¿eh? Supongo que podría funcionar.

—Créeme, demostraré que intentas entender su mundo. Y es lo suficientemente discreto como para que nadie te reconozca allí.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—Buena suerte, hermano —dice Zack, aligerando su tono—. Y oye, si esto no funciona, ven a buscarme para tomar una copa.

—Agradezco tu ayuda, hermano.

—No te preocupes.

—Oh, ¿Zack?

—¿Sí?

—No le digas nada a Ethan o Fiona sobre esto.

Mis dos hermanos mayores no entienden los detalles de mi vida, y así seguirá siendo. Si alguna vez descubren por qué mantengo una identidad oculta, me repudiarán.

—Entendido —dice.

—Gracias —digo, terminando la llamada.

En cuanto cuelgo, mi teléfono vuelve a sonar. Esta vez es Maya.

Maya

Claro, podemos hacer eso.

Yo

Genial. Te recojo a las 7.

Me relajo más fácilmente en mi silla. Ahora solo tengo que sobrevivir a la cena sin descubrirme.



Cuando la recojo, está en la puerta de su apartamento, radiante con un vestido sencillo pero elegante. La suave tela se ciñe a sus curvas y el color blanco complementa a la perfección su

tono de piel. Su pelo cae en ondas sin esfuerzo, enmarcando su rostro como un halo. Es impresionante y no puedo evitar fijarme en ella.

Mientras caminamos hacia el coche, percibo el aroma de su perfume, una ligera fragancia floral que realza su belleza natural.

¿Serían sus labios tan dulces como su aroma? Resisto el impulso de estrecharla entre mis brazos y abrazarla.

Cuando se acomoda en el coche, su suave risa llena el espacio y mi corazón da un vuelco. Su voz es como música para mis oídos, relajante y cautivadora. Charlamos durante el trayecto, pero percibo su curiosidad por nuestro destino.

Cuando llegamos al restaurante, un pequeño y pintoresco local con un discreto cartel, enmarca una ceja.

—Esto es... inesperado.

Mordiéndome el labio inferior, camino hacia su lado del coche.

—¿Inesperado *bueno* o *malo*?

Después de sonreír, sale del coche.

—Ya veremos.

Dentro, el restaurante está poco iluminado, con mesas y sillas de madera desparejadas que le dan un ambiente acogedor y relajado. El menú está lleno de cosas que apenas puedo pronunciar, por no hablar de entender, pero me hago el interesante mientras nos sentamos.

Me mira disimuladamente con el rabillo del ojo.

—¿Vienes aquí a menudo?

Me rasco un lado de la cabeza.

—No exactamente. Supuse que sería un cambio de ritmo agradable.

Ella asiente, aún evaluándose.

—Es definitivamente diferente, pero no te imaginaba vegetariano.

Mientras meto las manos en los bolsillos, la miro antes de apartar la vista.

—Quiero decir, puedo apreciar una buena comida vegetariana. Pero no, no lo soy.

Se ríe, y eso me relaja.

—Yo tampoco, así que esto va a ser interesante.

El camarero se acerca con el ceño ligeramente fruncido. Es de los que se creen superiores a los demás en la sala.

Quizá mis vaqueros sean demasiado informales para el restaurante, pero no quería llevar un traje de Armani.

Ya debería estar acostumbrado a mi condición *de tipo normal*, pero no lo estoy. Es extraño tener miles de millones en mi cuenta bancaria y tener que actuar como un tipo normal.

¿Pero vale la pena ocultar mi secreto? Sí. Absolutamente.

El camarero apenas me hace caso cuando toma nota de nuestro pedido, su tono es condescendiente mientras recomienda los platos de la casa.

Ignoro el trato, pero Maya me observa ahora con más atención. Cuando el camarero se va, se inclina hacia mí, en voz baja.

—No estás acostumbrado a esto, ¿verdad?

Tras sacudir la cabeza, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Esta noche soy un tonto, pero al menos la tengo riendo.

—¿Es tan obvio?

Su expresión brilla con un destello.

—Un poco, pero es entrañable.

—Entrañable, ¿eh? —digo, levantando una ceja—. No estoy seguro de si eso es un cumplido o no.

—Lo es.

Antes de que pueda responder, el presumido camarero vuelve y nos pone delante dos cócteles verdes. Las bebidas están adornadas con ramitas de hierbas y rodajas de oscuras frutas. Enarco una ceja y contengo mi diversión mientras el camarero recita los ingredientes como si recitara poesía.

Cuando por fin se va, bebo un sorbo y el sabor me golpea: natural, herbal y un poco demasiado terroso para mi gusto.

Maya, que también ha bebido un sorbo, curva el labio superior.

—¿Qué te parece? —pregunto, apenas capaz de contener la risa.

Arruga la nariz y reprime una risita.

—¿Pusieron... tierra aquí?

Dejo el vaso en el suelo.

—Posiblemente. Estoy bastante seguro de que acabo de beberme un jardín entero.

Se ríe, con un sonido cálido y genuino.

—Hemos alcanzado oficialmente el pico de pretenciosidad con estas bebidas.

Riendo, inclino la cabeza.

—Yo diría que sí. Pero oye, al menos estamos teniendo la experiencia completa.

Ella sonríe.

—Sí, y lleva vodka.

—El vodka siempre triunfa. —Tomo otro sorbo y dejo que el zumbido me relaje—. ¿Qué te llevó a implicarte en esto del medio ambiente? No es exactamente una carrera típica.

Parece distante durante un segundo, antes de volver a centrarse en mí.

—Supongo que empezó cuando era niña. A mis padres siempre les gustó mucho la naturaleza, nos llevaban de acampada y nos enseñaban sobre el medio ambiente. No se trata solo de eso: siempre he sentido un fuerte impulso por salvaguardar lo que es importante y luchar por lo que importa.

Asiento, intrigado.

—Es admirable. Pocas personas tienen esa clase de pasión.

Se encoge de hombros.

—No siempre es fácil. Mucha gente no lo entiende. Piensan que se trata de ser difícil o de hacer las cosas más difíciles para los demás. Para mí, se trata de preservar para la próxima generación.

Su dedicación, su empuje, es una de las cosas que me atrajo de ella en primer lugar, aunque lo complique todo.

Mi cuerpo se calienta mientras la escucho.

—Me encanta."

—¿Y tú? —pregunta ella, dándole la vuelta a la tortilla—. ¿Cuál es tu historia, David? ¿Cómo acabaste haciendo... lo que sea que haces?

Ella no puede saber toda la verdad, pero anhelo darle algo, una parte de lo que realmente soy.

Hago una pausa y elijo mis palabras con cuidado.

—Supongo que podría decirse que caí en ello. Siempre me ha interesado construir cosas y crear algo de la nada. Hay una cierta satisfacción en ver que algo en lo que has trabajado cobra vida, sabiendo que va a tener un efecto.

Ella asiente, y sus ojos buscan los míos.

—¿Y qué tipo de impacto esperas causar?

Mantengo mi expresión neutra.

—Quiero crear algo que perdure, algo que la gente recuerde. Además, me gustaría hacerlo de forma respetuosa con el mundo.

Inclina ligeramente la cabeza, estudiándome.

—Precioso. Pero tengo que preguntarte por qué eres tan reservado con tu trabajo. ¿Por qué no eres sincero con lo que haces?

Me tenso, la pregunta me toca demasiado de cerca.

—A veces, menos información hace la vida más fácil. No se trata de ocultar nada, sino de proteger el panorama general.

Juguetea con un collar antes de apartar la mirada y suspirar.

—Supongo que puedo entenderlo. A veces, lo único que importa es el panorama general.

Nos sumimos en un silencio confortable, la atmósfera se asienta en un ritmo natural y no forzado. La atracción sigue ahí, cociéndose a fuego lento bajo la superficie, pero ahora es más cálida y voluntaria. ¿Está preparada para mí?

Mientras terminamos nuestras copas, mi cerebro corre en busca de otro sitio al que llevarla después de la cena. Esta noche debe continuar. Hay mucho más que quiero aprender sobre ella, y hay algunas cosas más que debería compartir sobre mí mismo. Pero el peso de mis secretos me oprime y me recuerda los muros que he construido.

—Maya, me gustas mucho. Quiero llegar a conocerte. A la verdadera Maya.

Me estudia, sus ojos se suavizan.

—A mí también me gustaría.

Este es el momento. El punto de no retorno. Podría mantener mi distancia y proteger los muros que he construido. O podría arriesgarme, dejarla entrar y ver a dónde me lleva.

Le tiendo la mano al otro lado de la mesa. Nuestros dedos se tocan y el contacto me produce una sacudida. La atracción química está ahí, y no es solo mi imaginación. Ella también lo siente.

De repente, suena un teléfono, pero el tono no es el mío.

Saca el teléfono del bolso, le echa un vistazo y se lo vuelve a meter.

Una oleada de calor me recorre, pero se retira cuando el camarero vuelve a acercarse a la mesa. Llega la comida y es tan decepcionante como esperaba. Porciones pequeñas, demasiada guarnición y poco sabor. Nos quedamos mirando nuestros platos, donde la comida parece arte más que algo para consumir.

Maya pincha su plato y enarca una ceja.

—¿Esto es comida? ¿O sólo han echado unas hojas y flores en un plato y lo han llamado cena?

Me río entre dientes, dando un pequeño mordisco.

—Estoy bastante seguro de que esto es comida para conejos.

Se ríe.

—No me di cuenta de que había pedido una ensalada con guarnición.

Mantengo la cara seria.

—Bueno, estaba pensando que podríamos desintoxicarnos juntos. Ya sabes, limpiarnos con verduras sobrevaloradas.

Maya se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Por favor, prefiero arriesgarme con una hamburguesa grasienta.

Sonríe, agradecido por la forma en que le quita importancia a la situación.

—¿Me estás diciendo que no eres fan de las flores comestibles? Eso es lo mejor.

—Oh, totalmente. —Pone los ojos en blanco—. Nadie dice «fantástico, como masticar un pétalo».

Intercambiamos miradas divertidas y la presión se evapora.

Mientras el camarero recoge nuestros platos, Maya me mira entrecerrando los ojos.

—Entonces, ¿qué te hizo elegir este lugar?

Me encojo de hombros y trato de sonar despreocupado.

—Quería demostrarte que estoy abierto a nuevas experiencias.

Ella levanta una ceja, claramente no se lo cree.

—Ajá. ¿O tal vez solo quieres impresionarme?

Me río entre dientes, negando con la cabeza.

—Si quisiera impresionarte, habría elegido un sitio un poco más... tradicional.

Sus hombros caen y su cara muestra decepción.

—Buen punto.

¿Podría tener razón mi hermano Zack? ¿Quiere que un hombre de estatus la impresione, o está bien con Dave, el tipo de la construcción?

Después de que el camarero traiga la cuenta, el aire cambia.

Debo tener a esta mujer. Esta noche, la reclamaré como mía. Malditas sean las consecuencias. Doblo la servilleta y la dejo sobre la mesa.

—¿Quieres salir de aquí?

Sus ojos buscan los míos y, por un momento, pienso que va a decir que no. Pero luego acepta, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Sí, vamos.

Salimos del restaurante y nos dirigimos hacia las fuentes Sterling, el complemento perfecto para la cena tranquila e íntima que hemos tenido.

Maya camina a mi lado, con la mirada fija en el paisaje y los sonidos. Sonríe, pero parece que se esconde detrás de ella. Aun así, la atracción aumenta a cada paso.

Mientras paseamos por el Strip, me fijo en ella. La forma en que su pelo refleja las luces de neón, la manera en que se mueve con esa gracia sin esfuerzo... es como si formara parte de la propia ciudad. Tiene un carácter salvaje, un espíritu libre que me atrae y me hace imposible apartar la mirada.

Llegamos a una zona más tranquila de la ciudad, donde la multitud se dispersa y el ruido se reduce a un zumbido lejano. Ahora estamos los dos solos y el momento se alarga, cargado de expectación.

Me giro hacia ella y las palabras se me atascan en la garganta.

—Maya...

Se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos y escrutadores.

Lo siguiente que recuerdo es atraerla hacia mí, y mis labios chocan contra los suyos en un beso tan feroz como los sentimientos que he ocultado. Ella me devuelve el beso y el mundo se desvanece.

Nuestro beso es suave y tentativo al principio, como si estuviéramos tanteando el terreno. Pero la conexión es instantánea y eléctrica, y nos atrae cada vez más.

Todo lo demás desaparece. La ciudad, los secretos, las dudas... nada de eso importa. Solo estamos ella y yo, atrapados en este momento fugaz y perfecto.

Nada oculto. Es genuino. Auténtico.

Pero tan rápido como empezó, el beso termina. Nos separamos, sin aliento, con la frente apoyada en la del otro mientras intentamos comprender lo que acaba de ocurrir.

Mientras recupera el aliento, las yemas de sus dedos tocan sus labios.

—No deberíamos haber hecho eso.

Mi corazón late con fuerza contra mi torso.

—Lo sé, pero no pude evitarlo.

Da un paso atrás y me suelta la mano.

—Tenemos que mantener esto profesional, David. Esto... esto no puede pasar.

Asiento con la cabeza, aunque todo en mí grita que vuelva a tirar de ella, que la bese de nuevo, que sienta mi necesidad. Pero la realidad tira de mí.

—Tienes razón. Deberíamos parar.

Mira al suelo. Luego se da la vuelta y se aleja.

Mi corazón se hunde. ¿Por qué he tenido que meter la pata? Maldigo en voz baja.

De repente, se detiene y se da la vuelta, con la mirada alerta. Se acerca a grandes zancadas y, antes de que pueda reaccionar, me agarra por el cuello y tira de mí para besarme

apasionadamente.

Este beso difiere del primero. Es feroz, exigente y primario.

La excitación se apodera de mi entrepierna mientras mis manos buscan su cintura para atraerla hacia mí.

Cuando por fin nos separamos, los dos nos quedamos sin aliento y nuestros corazones se aceleran al unísono. Hay un fuego de sangre caliente en ella y es potente.

Debo tenerla. La tomo de la mano y la conduzco hacia el hotel que tenemos detrás. Conozco el edificio por dentro y por fuera porque es mío. De hecho, es mi hotel insignia, y el personal podría reconocerme allí dentro, pero no me importa.

—Ven conmigo.

Todavía jadeante, me mira fijamente y asiente.

Mientras la guío por una calle lateral, nos alejamos del resplandor del Strip. Mi mente se acelera mientras navego por los caminos que conducen a la entrada trasera del hotel.

Me agacho cuando entramos, evitando las cámaras de seguridad y a los empleados que podrían conocerme.

Avanzamos rápidamente por los pasillos hasta llegar al ascensor trasero. Lo subimos directamente. Cuando por fin llegamos a mi suite personal, paso mi tarjeta y abro la puerta, tirando de ella hacia dentro.

Entra y se queda boquiabierta al contemplar el elaborado entorno. La suite es lujosa, con ricas telas y muebles en tonos dorados y crema. Del techo cuelgan lámparas de cristal que proyectan un cálido resplandor sobre el suelo. Los grandes ventanales ofrecen una impresionante vista de la ciudad.

Tras examinar el salón, avanza por el pasillo hasta otra puerta.

Dentro del dormitorio, la cama es la pieza central, un dosel de sábanas de seda y almohadas de felpa que insinúan lujo e indulgencia.

Se da la vuelta y me fulmina con la mirada.

—¿De quién es esta suite?

Evito responder a la pregunta porque hablar es lo último que me apetece hacer. En lugar de eso, vuelvo a acercarme a ella y mis labios se encuentran con los suyos en un beso que todo lo consume y todo lo abarca. La suite, los secretos y toda razón se desvanecen.

Avanzamos a trompicones hacia la cama, con las manos en movimiento y la respiración acelerada. No hay lugar para dudas ni adivinanzas.

No se trata solo de esta noche. Se trata de lo que pasará después. Y ahora que la tengo, no la dejaré ir.



Maya

Acorta la distancia que nos separa y mi corazón se acelera cuando su mano firme me agarra por la nuca y tira de mí para acercarme.

Sus labios se encuentran con los míos en un beso primitivo y urgente. Su contacto hace que las hormonas corran por mis venas y me dejo llevar por el calor de su abrazo.

Nuestros cuerpos se acoplan a la perfección, su robusto cuerpo me envuelve en una sensación tentadora y embriagadora. A medida que nuestro beso se profundiza, su lengua explora mi boca con una urgencia que me deja sin aliento.

En mis labios permanece el sabor a chicle de antes, añadiendo un toque dulce al momento.

Mareados de anhelo, nos separamos por fin, ambos jadeando. Un deseo feroz me recorre por dentro.

Sus primarios ojos ámbar se clavaron en los míos, intensos.

—¿Quieres esto tanto como yo?

Le miro fijamente y asiento con la cabeza, con la respiración entrecortada.

—Sí.

Mientras sus labios se fruncen, sus manos masculinas se deslizan bajo mi vestido blanco de satén. Su contacto me produce escalofríos, jadeo y echo la cabeza hacia atrás para saborear el placer.

Me besa la carne del cuello mientras traza patrones por los resbaladizos pliegues de mi núcleo.

—¿Cuánto tiempo llevas así de mojada?

Trago saliva.

—Desde que nos sentamos solos en tu despacho.

Se lame los labios y se muerde el inferior mientras sus dedos rodean el hambriento e hinchado nódulo.

—¿Así que has estado esperando a que te tocara así?

Mi respiración se hace pesada mientras su profunda voz llena mis oídos. Tras cerrar los párpados, un gemido surge de mi garganta. Finalmente abro los ojos y asiento con la cabeza.

El borde de sus labios se levanta en una sutil sonrisa.

—Buena chica.

Tras una breve pausa para desabrocharme los botones del vestido, sus besos recorren la curva de mi clavícula y mi cuello.

Más gemidos suaves escapan de mi boca.

Sus músculos tonificados se ondulan y flexionan cuando se quita la camisa, revelando su complexión robusta y bronceada. La tela de la camisa se desliza por su pecho cincelado y deja ver una ligera mata de pelo.

Su piel brilla de sudor, reflejando el suave resplandor de la luz de la luna que se cuela por la ventana.

Encima de nosotros, zumba el ventilador del techo.

Se me pone la piel de gallina al verle desvestirse, sus definidos músculos se flexionan con cada movimiento mientras se quita los vaqueros oscuros.

Mis pechos permanecen vestidos por ahora, incitándole a que los muestre. Con sus manos ansiosas y sus ojos hambrientos clavados en los míos, los libera uno a uno de su encierro. Mientras toma el peso de mis pechos con las palmas de las manos, adora cada centímetro chupando suavemente.

El dolor en mi interior se vuelve casi insoportable y araño el elástico de sus calzoncillos negros.

Con manos temblorosas, se quita lo que le queda de ropa y se libera. Mientras sujeta su larga y dura vara con una mano, la frota contra mi muslo.

El suave ritmo de su mano me hace temblar de necesidad. Se me corta la respiración y cierro los párpados, dejando que el placer se filtre por mis venas.

Mientras sigue acariciándome con su dura erección, abro lentamente las piernas, invitándole a acercarse. Nuestros cuerpos están ahora a escasos centímetros, y puedo sentir el calor que irradia su piel.

Un rubor me sube por el cuello hasta las mejillas cuando alargo la mano y toco el órgano masculino. Se me hace la boca agua. Es un hambre nueva la que se apodera de mí mientras

sostengo la hinchada obra maestra en mi mano.

Hace una pausa y contiene la respiración, estudiándome atentamente.

—¿Has tenido un hombre de mi tamaño antes?

Me late el corazón mientras me muerdo el labio.

—No... en realidad no.

Exige una aclaración.

—¿Qué?

Tras relamerme los labios, le expongo los hechos.

—Nunca he estado con un hombre... en absoluto.

Su respiración se acelera, sus acciones primarias parecen más urgentes.

Me apoyo en su brazo y abro más las piernas.

Sus dedos recorren cada centímetro de mi piel hambrienta hasta que dos dedos me penetran.

—Estás apretada. —Los dos dedos exploran la humedad una vez más antes de rodear el botón hinchado—. Soy un hombre grande, Maya. ¿Estás segura de esto?

Una fuerte excitación me recorre la pelvis y jadeo.

—Sí, David. —Mi súplica sale aguda, y está llena de codicia, pero no importa—. Quiero esto.

Me agarra con fuerza de las caderas y se coloca en mi entrada.

—Empezaremos despacio".

Con agonizante lentitud, se introduce dentro de mí.

Respiro agitadamente entre dientes apretados mientras ambos dejamos que me adapte y recupere el aliento mientras la excitación sigue aumentando en mi interior.

—No pares.

Asintiendo en señal de comprensión, se desliza más profundamente en la apretada abertura, y mi núcleo se estira de la forma más deliciosa.

El placer palpita en mi interior, intensificando mi deseo mientras mi vibrante centro exige más. Con cuidado y paciencia, va penetrando más hasta que está completamente dentro de mí.

Mi rostro se contorsiona mientras mis labios se llenan de frenéticos gemidos. Cuando mi canal se deja llevar por la rigidez de la vara, mi pelvis se agita de pura excitación.

Una comisura de sus labios masculinos se levanta mientras establece un ritmo, empujando dentro de mí con fuerza y velocidad crecientes.

Mientras mis dedos se clavan en su espalda, gimo.

—Esto se siente tan bien.

El sonido de nuestra respiración entrecortada llena el dormitorio, el único ruido lo bastante fuerte como para ahogar el latido acelerado de mi corazón.

Mi cuerpo responde a cada movimiento, incitándole a seguir mientras el aroma de nuestros perfumes mezclados y el sudor se diluyen, creando un aroma embriagador que me aturde aún más.

Las ventanas de mi alma se cierran con fuerza, mi rostro se sonroja mientras cada embestida me provoca un estremecimiento y mis gemidos parecen enloquecerlo aún más.

Se retira y vuelve a penetrarme con una brusquedad que me hace jadear. Sus embestidas se vuelven más urgentes y adquieren un ritmo cada vez más rápido.

Una aguda y repentina excitación se dispara a través de mí. Mi pulso se acelera y mis manos recorren frenéticas su espalda fuerte y musculosa. Agarro sus hombros como apoyo y mis uñas rozan su piel mientras me acerco al clímax. Mis caderas se arquean instintivamente, los ojos se me desorbitan cuando el placer me invade en cascada.

A medida que oleadas de éxtasis recorren mi cuerpo, la intensidad me desborda y mis gritos agudos llenan el dormitorio. Mi cuerpo se tensa en torno a su miembro cuando alcanzo el clímax y me arqueo bajo el suyo.

Me observa atentamente y gruñe antes de que sus músculos se tensen en ondas rítmicas a medida que se acerca su propio clímax. Los músculos de sus muslos y espalda se contraen y relajan por reflejo.

Sus párpados se cierran y su respiración se entrecorta e intensifica. Retira el miembro y una cinta de fluido blanco se eleva por el aire antes de aterrizar sobre mi vientre. Respirando agitadamente, se retira al cuarto de baño y vuelve con una toallita caliente.

Me limpia el líquido del vientre antes de secármelo con otra toalla de algodón blanco suave.

A medida que las olas de placer fluyen y retroceden, se desploma a mi lado y me atrae hacia él. El almizcle aún flota en el aire, recordándome la intensa pasión que acabamos de compartir.

Debajo de mí, su pecho sube y baja con un ritmo relajante. Me siento segura. Protegida.

—Eres tan guapa —me dice antes de moverse ligeramente y rozarme la frente con los labios.

La luz se refleja en sus profundos e intensos orbes ambarinos, haciéndolos brillar y atrayéndome. Su expresión teje un tapiz de emociones, prometiendo más.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su torso y la habitación del hotel se desdibuja mientras nos concentramos únicamente el uno en el otro. Perdidos en el abrazo del otro, nos fusionamos, sabiendo que este momento lo redefinirá todo.

Mi teléfono vibra en la mesilla de noche.

Oh, no. Miro a David antes de levantar la mano y apagar el teléfono. Luego vuelvo a apoyar la mejilla en su pecho. Solo que el torso está más rígido que antes. Mucho más tenso.

Su respiración se vuelve quieta y tranquila.

—¿Quién te manda mensajes a estas horas?

Sea quien sea, no me importa pensar en ello ahora, no con la noche mágica que acabo de vivir.

Sin levantar la vista, respondo a su pregunta.

—Nadie importante.

*Devin*

La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, emitiendo un tono cálido y dorado sobre la cama. Maya duerme a mi lado, con la respiración suave y uniforme. Me permito observar su rostro sereno. Anoche fue... intensa. Más allá de mis expectativas. Ahora, a la luz del día, vuelve la realidad.

Salgo de la cama en silencio, sin querer despertarla, y me dirijo al baño. El agua fría me salpica la cara. Miro mi reflejo y veo que en mi cara se forman finas líneas de preocupación.

A pesar de la belleza de la noche anterior, no puedo deshacerme de esta sensación de fatalidad inminente. Es aterrador. ¿Por qué me he obsesionado tanto con ella? Siento que estoy perdiendo el control.

Contrólate, Wolfe. Mantente alerta. Ahora no es el momento para la debilidad.

Cierro los párpados y respiro antes de salir del baño.

Cuando vuelvo a entrar en el dormitorio, se está despertando y tiene los ojos abiertos. Hay una suavidad en su mirada, una calidez que hace que se me retuerza el corazón.

Mientras me siento en el borde de la cama, fuerzo una sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días. —Se frota los ojos y echa un vistazo a la habitación del hotel, sus ojos se detienen en la sofisticada decoración, los techos altos, y todos los demás lujos que gritan extravagancia—. Este lugar es realmente increíble. No esperaba que tuvieras una suite así.

Me quedo inmóvil antes de encogerme de hombros despreocupadamente.

—Me dan habitaciones gratis porque soy un empleado principal.

Ella entrecierra los ojos, claramente no se lo cree.

—Es una habitación bastante grande. Parece más adecuada para un director general, no para un jefe de proyecto.

Las palabras me tocan más de cerca de lo que me gustaría, y mi cerebro se esfuerza por mantener mi tapadera.

—Es una ventaja del trabajo. Les gusta tener contentos a sus empleados.

Su mirada se vuelve distante. No insiste, pero es lista, demasiado lista para ignorar las discrepancias.

Decido alejar la conversación del terreno peligroso.

—¿Algún plan para hoy?

—Estaba pensando en investigar un poco. Todavía hay mucho que entender sobre el proyecto Oasis.

El corazón me da un vuelco, las alarmas se encienden en mi cerebro.

—¿Investigar?

—Sí —dice, ajena a la tensión que se apodera de mí—. Investigaré los antecedentes, las personas y las finanzas. Quiero tener una idea más clara de la situación.

Mi cara palidece y me quedo helado.

Se está acercando demasiado, y si sigue por este camino, lo descubrirá todo. Debería parar esto y desviar su atención, pero ¿cómo?

—Maya, eso no es necesario —digo, manteniendo mi cadencia tranquila y mesurada—. Has visto los planos. Entiendes lo que intentamos conseguir. ¿No es suficiente?

Ladea la cabeza, examinándose.

—¿Por qué estás tan preocupado por esto?

Se me aprieta el estómago mientras el control se me escapa de las manos.

—No lo estoy —miento, con la voz demasiado tensa—. Hay mucho en juego y las cosas no pueden complicarse.

—Las cosas ya están complicadas, David —dice, usando el nombre que se ha convertido en un escudo entre nosotros—. No puedes esperar que me lo tome todo al pie de la letra. Necesito saber en qué me estoy metiendo.

Esto es abrumador. Con el deseo de mantener la calma, me pongo de pie.

—Sí, pero tienes que confiar en mí. Yo me encargo.

Sus cejas se elevan.

—¿Confiar? ¿Cómo se supone que voy a confiar en ti si no eres honesto conmigo?

La frustración burbujea antes de que pueda detenerla.

—¿Estás cuestionando *mi* honestidad? ¿Qué pasa contigo? ¿Quién es Cameron y por qué te manda mensajes constantemente?

Maya parpadea, su postura se endurece.

—¿Qué tiene que ver con esto?

Me burlo.

—No dejas de pedirme confianza y honestidad, pero andas a escondidas con otro tío.

Se queda boquiabierta.

—¿A escondidas? ¿Lo dices en serio? Tú y yo apenas nos conocemos.

La adrenalina se dispara a través de mí.

—No me importa cuándo nos conocimos. ¿Quién demonios es?

Se tapa media cara con las sábanas y me da la espalda.

—Cameron es un amigo. Nada más.

Me remueve la conciencia, pero necesito respuestas. Es crucial para mí comprender a qué me enfrento.

—Entonces, ¿por qué siempre está llamando?

Salta de la cama, se pone el sujetador y se desliza el vestido por la cabeza, con la cara endurecida.

—Porque le importo.

Mi mueca persiste.

—¿Y confías en él más que en mí?

—Bueno, no se le va la olla. —Hace una pausa y me mira—. Es alguien con quien puedo hablar, alguien que está ahí para mí.

—¿Y yo no? —le respondo, con un tono áspero por la emoción—. Estamos construyendo algo aquí. ¿Por qué corres hacia él?

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos. Se está formando una grieta entre nosotros y no me gusta nada. Esto es lo que temía: que todo se desmoronara.

—No huyo hacia nadie. Soy una mujer libre. —El asco contorsiona sus rasgos—. Esta conversación es patética. Eres tú quien tiene una docena de secretos bajo la manga.

Sus palabras calan hondo, pero no puedo detenerme ahora. Estoy demasiado ido y demasiado herido para echarme atrás.

—Tú lo ves como secretos. Yo lo veo como protección.

Su mirada se fija en mí, sus ojos de cacao llenos de confusión y dolor.

—¿Protección para mí? ¿O te proteges a ti mismo?

—Ambos. No puedes comprender lo que está en juego aquí.

—Entonces hazme entender —suplica, acercándose—. Déjame entrar, David. Intento confiar en ti, pero tienes que ayudarme.

Su voz suplicante me retuerce las tripas, pero aún estoy tambaleándome por el miedo a perderla. No encuentro las palabras, no puedo salvar la distancia.

Antes de que continúe, su teléfono vuelve a sonar, rompiendo la tensión. Le echa un vistazo y veo el nombre de Cameron parpadear en la pantalla.

Vacila, con el dedo suspendido sobre la pantalla, y la visión me provoca una nueva oleada de rabia.

—Contesta.

Sus hombros caen.

—David, no hagas esto.

Se me aprieta el pecho. La estoy perdiendo, poco a poco. Debo detener esto, pero no sé cómo.

—Quieres confianza, ¿verdad? Demuéstrame que puedo confiar en ti. Contesta al teléfono.

No se mueve y no responde a la llamada.

Finalmente, se aleja sacudiendo la cabeza.

—Esto es demasiado para mí. Me voy.

Sus palabras me hacen estremecer mientras los latidos de mi corazón golpean mi oído. La he mantenido alejada de mí, ocultándome tras mentiras y medias verdades, y ahora todo vuelve a atormentarme. Es un dolor crudo.

Recoge sus cosas rápidamente y, antes de que pueda decir nada, ya se ha ido. La puerta se cierra tras ella con un fuerte chasquido que parece el final.



Maya

Me desplomo en el sofá del salón y miro la televisión sin prestar atención. Han pasado días desde la última vez que vi a David. Días desde aquella mañana en aquella lujosa habitación de hotel en la que discutimos acaloradamente y él me apartó. Sigo repitiéndolo todo, tratando de entenderlo, pero lo único que me queda es una sensación de vacío en el pecho.

Le echo de menos, pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que esconde un enorme secreto. Algo grande. Es como si hubiera un muro, y por más que lo intento, no puedo atravesarlo. Me vuelve loca.

He pasado la última semana sintiéndome ajena a las protestas, sin asimilar nada por completo. No ha aparecido por la obra y su equipo parece perplejo.

Al cabo de un par de días, yo también dejé de ir al terreno. Me resulta difícil estar allí y Lena se las arreglará muy bien sin mí. Necesito descansar y tiempo para procesar los acontecimientos que ocurrieron entre David y yo.

Cada vez que suena mi teléfono, espero que sea él, pero nunca lo es. El silencio es asfixiante.

Suena mi teléfono y veo el nombre de Lena, me incorporo, esperando que una charla con una amiga pueda ayudarme. Contesto la llamada.

—Hola, Lena.

—Maya, gracias a Dios —dice, con la voz tensa por la preocupación—. ¿Estás bien? Suenas fatal.

Una risa débil resuena de mi boca, pero no hay humor en ella.

—Soy un desastre, Lena. Estoy absolutamente perdida.

—¿Qué ha pasado?

Me hundo más en el sofá.

—Es David. Las cosas han estado... raras, y siento que me oculta algo.

Tras una pausa, suspira.

—Maya, tengo que decirte algo. Mientras no estabas, investigué un poco y descubrí algo sobre David.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué has encontrado?

Vuelve a suspirar.

—No es quien dice ser.

Mi corazón golpea contra mi caja torácica.

—¿De qué estás hablando?

—Lo investigué y al principio no encontré nada, ni antecedentes ni historia, como si ni siquiera existiera. Luego me topé con algo que me llamó la atención.

—Vale —digo, con las cuerdas vocales más agudas al final.

Hace una pausa.

—David podría ser Devin Wolfe.

El nombre me golpea como un relámpago. Devin Wolfe, el escurridizo multimillonario. El hombre detrás de las poderosas empresas de la ciudad. Mi corazón se acelera mientras proceso lo que está diciendo.

—No —respondo rotundamente—. Eso no tiene mucho sentido. ¿Por qué me ocultaría eso?

—No estoy segura, pero tienes que tener cuidado. Si es Devin Wolfe, podría estar ocultando mucho más que su nombre.

Mis músculos se agarrotan mientras el calor recorre mi cuerpo. ¿Será verdad? ¿Podría David ser realmente otra persona?

La rabia me aprieta las manos mientras el sudor me eriza la piel. Devin-David, sea quien sea, es un mentiroso.

Me niego a revolcarme en este lío. Necesito respuestas. Después de coger el bolso y las llaves, salgo corriendo hacia la puerta de mi apartamento. Es hora de que salga de su escondite.

Justo cuando agarro el pomo de la puerta, suena un golpe. Gruño. No estoy de humor para recibir visitas, pero abro la puerta de todos modos.

Y por supuesto, es Cameron, la última persona que quiero ver.

—Maya. —Su voz suena demasiado tranquilizadora, como si le hablara a un animal herido—. Estoy preocupado por ti.

Deseosa de pasar a su lado, miro en su dirección.

—Gracias, pero estoy bien. Ya me iba.

Entra en mi apartamento, bloquea la salida y cierra la puerta tras de sí. —Lena me ha llamado y me lo ha contado todo. No deberías ir a ninguna parte. Necesitas calmarte y pensar.

—Cameron, yo...

Me interrumpe y me abraza.

Cuando la frustración hierve, me encojo para zafarme de su agarre.

—No necesito que me digas lo que necesito".

Alarga la mano y me toca la mejilla.

—Necesitas a alguien que te cuide. Ese soy yo.

¿Acaso me ha oído? No quiero su consuelo, no ahora. Necesito espacio para pensar, y su presencia aquí me confunde.

Doy un paso atrás y me enderezo la camisa.

—Te agradezco que siempre estés ahí para mí, pero ahora necesito estar sola.

Se acerca y sus grandes manos se posan en mis hombros.

—Vamos, Maya, cariño.

Su toque es incorrecto e invasivo.

Doy un paso atrás, pero su agarre se estrecha.

—Cameron, suéltame.

Se inclina y su proximidad me sofoca.

—Intento ayudar porque me importas.

—He dicho que me sueltes.

Pero no lo hace. En cambio, sus manos se deslizan por mis brazos.

La adrenalina corre por mis venas. Lucho por liberarme, pero su agarre se hace más fuerte.

—Cameron, basta.

Antes de que pueda apartarlo, la puerta que tiene detrás se abre con una fuerza que la hace chocar contra la pared.

Devin entra a grandes zancadas, sus movimientos arden de furia mientras observa la escena. En un movimiento rápido, agarra a Cameron por el cuello y lo empuja lejos de mí.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Cameron apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que el puño de Devin le golpee en la mandíbula, haciéndole caer de espaldas contra la pared. El sonido del impacto resuena en todo el apartamento.

Jadeo y me apresuro a intervenir, llevándome las manos a la boca.

—¡Devin, para!

Cameron gime y se aprieta la mandíbula mientras mira a Devin, que sigue furioso y con el pecho agitado.

—Esto no ha terminado —escupe Cameron, limpiándose la sangre de la comisura de los labios. Mira a Devin y luego me mira a mí—. Mírale. Es un animal.

Pero antes de que pueda decir nada más, me interpongo entre ellos, con el corazón latiéndome en el pecho.

—Atrás, Cameron. Vete ahora mismo.

Cameron frunce el labio mientras su mirada se desplaza entre Devin y yo.

—¿Lo quieres? Es un puto Wolfe con piel de cordero.

—Claro que sí —gruñe Devin mientras levanta la barbilla—. Y acabas de entrar en mi guarida, así que yo que tú seguiría las órdenes de Maya y me iría.

La tez de Cameron pasa de roja a cenicienta y retrocede, restregándose la sangre por la mejilla. Finalmente se da la vuelta y sale dando un portazo.

Me vuelvo hacia Devin, con la rabia desbordándome.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Devin se queda mirando la entrada como esperando a que Cameron vuelva a irrumpir.

—Te puso las manos encima.

Cruzo los brazos.

—¿Y pegarle es la solución?

Finalmente dirige su atención hacia mí, su expresión se suaviza ligeramente, pero la ira sigue ahí.

—¿Querías que hiciera eso?

—Por supuesto que no, pero puedo arreglármelas sola.

Me lanza una mirada incrédula.

—¿Me estás tomando el pelo? Ese tipo era medio metro más alto que tú y no se echó atrás. Tenía que protegerte.

Mis pulmones se contraen y me cuesta respirar.

—No necesito que me protejas. Lo que necesito es la verdad, David. ¿O debería decir Devin Wolfe, magnate hotelero multimillonario?

Asintiendo, cierra los párpados.

—Solo era cuestión de tiempo. Pero ojalá hubiera sido lo bastante valiente para contarte la verdad antes de que tú misma la descubrieras.

Oírle reconocer el nombre falso es como clavar clavos en un ataúd.

—Me has mentido. Me has estado mintiendo todo este tiempo.

Se acerca con las manos extendidas, como si quisiera calmarme, pero eso solo alimenta mi ira.

—No es que quisiera hacerlo. *Tuve que* hacerlo. Hay más en juego de lo que crees.

El salón da vueltas mientras pierdo el control de la realidad.

—¿Cómo puedes justificar esto? —exijo, el calor aumentando en mi torso—. ¿Qué escondes, Devin?

Su mandíbula se tensa mientras una batalla interna hace estragos en su comportamiento.

—Hacerte daño nunca fue mi intención. Te estaba protegiendo.

Me burlo.

—De lo único que necesito protección es de ti y de tus mentiras. ¿Qué era tan importante que necesitabas crearte una nueva identidad?

Se pasa una mano por el pelo, frustrado.

—Ciertos aspectos de mi vida suponen un riesgo para ti. No quería arrastrarte a ello, pero no podía alejarme de ti.

Las comisuras de mis labios se arrastran hacia abajo.

—No depende de ti. Esa elección no te corresponde a ti. ¿Qué escondes? Dímelo.

Abre la boca para responder, pero las palabras mueren en sus labios y no dice nada.

Después de respirar hondo, contraigo los hombros.

—Ahora mismo no puedo ni mirarte. Creo que deberías irte.

—Maya...

—¡Fuera! —grito, alto y claro.

—De acuerdo. —Su voz está llena de emoción. Cierra los párpados y, cuando los vuelve a abrir, están llenos de arrepentimiento. Parece dolido—. Si este es tu deseo, saldré de tu vida.

Luego se marcha, dejándome allí de pie, con el corazón roto en mil pedazos.

*Devin*

La puerta se cierra tras de mí y parece el final. Se me aprieta el pecho, el peso de mis mentiras y secretos me oprime como una manta de hierro. El camino de vuelta a casa está borroso, con pensamientos sobre ella consumiendo mi mente.

Siempre me he enorgullecido de tener el control, de mantener mi vida compartimentada. Pero ahora, todo se está desmoronando. No puedo seguir viviendo así, escondiéndome tras medias verdades y falsas identidades. Y no seguiré mintiendo a la mujer que quiero y necesito.

Cuando llego a casa, me sirvo un whisky y me siento, mirando fijamente el vaso. La verdad. Debo decírsela, pero ¿por dónde empiezo?

La historia comienza con mi padre, el hombre que se convirtió en una oscura sombra sobre mi vida y la de mis hermanos. Un hombre que, a pesar de su imagen pública de magnate poderoso y exitoso, era un tirano a puerta cerrada.

La muerte de mi padre debería haber sido un alivio, pero no lo fue. Fue el comienzo de una pesadilla diferente.

El timbre del teléfono me saca de mi espiral de pensamientos. Miro la pantalla y veo el nombre de Zack parpadeando. Por un momento, me planteo dejar que salte el buzón de voz, pero decido contestar.

Giro el cuello de un lado a otro para aliviar la tensión antes de saludarle.

—Hola.

—¿Estás bien? —pregunta—. Suenas... apagado.

Exhalo un suspiro tembloroso y me apoyo en el reposacabezas.

—Metí la pata.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Zack resuena con preocupación ahora, muy lejos de su habitual tono despreocupado.

—Le he estado mintiendo a Maya —empiezo, aunque él ya sabe lo que ha estado pasando—. Sobre todo: quién soy y... papá.

Zack hace una pausa antes de suspirar.

—Sabías que esto te alcanzaría en algún momento, Dev. No puedes seguir huyendo.

—Soy consciente de ello —respondo—. Pero la estaba protegiendo. Protegiéndonos. Demonios, protegiéndome a mí mismo.

—Bueno, ¿y cómo ha ido hasta ahora? —La voz de Zack tiene un cierto tintín.

Respiro.

—Debo decirle la verdad, sobre papá y por qué me he estado escondiendo.

Silencio.

—¿Has considerado las consecuencias?

Mientras me froto los hombros, pienso en todas las cosas horribles que podrían pasar. La vida sin Maya es el peor escenario. Asiento con la cabeza, aunque él no puede ver.

—Sí.

—Entonces, díselo. Merece la verdad, Dev. No puedes seguir llevando este peso sobre tus hombros.

—¿Pero y si se arruina todo?

—Entonces al menos fuiste sincero —dice Zack con firmeza—. Pero puede que lo entienda, y si lo hace, sabes que es de verdad.

Se me desencaja la mandíbula.

—Tienes razón. Tengo que hacerlo.

—Sí —responde Zack, con el tono de su habitual desenfreno volviendo a su voz—. Ahora ve a por tu chica y deja de deprimirte como un adolescente enamorado.

—Gracias, Zack. Lo necesitaba.

—Cuando quieras, hermano —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Buena suerte.

El miedo y la determinación me invaden mientras cuelgo.

Zack tiene razón, no puedo escapar de esto. Es imposible para mí seguir escondiéndome detrás de mis mentiras. Es hora de afrontar la verdad, por fea que sea.

Sé exactamente dónde encontrarla: en el terreno del Oasis. Mi ayudante me había informado de que los manifestantes habían vuelto con ganas de venganza, pero eso era lo de menos.

Mientras conduzco hacia el lugar del proyecto, el corazón me late a cada kilómetro. El recuerdo traumático de la noche de pesadilla se repite en mi cerebro: la noche que lo cambió todo y me hizo elegir enterrar a Devin Wolfe y vivir bajo una identidad falsa.

Cuando llego, prácticamente tiemblo de ansiedad. Diviso el coche de Maya aparcado mientras me paso una mano por el pelo. Bajo el retrovisor y miro a un hombre desesperado con los ojos inyectados en sangre.

Hace unos días que mis empleados no me ven, pero solo hay una persona con la que tengo que hablar.

Encuentro a Maya cerca de la obra, hablando con uno de los jefes de proyecto. Al verme, levanta la vista y su cuerpo se pone rígido antes de apartar la mirada.

Tengo que ir con cuidado, pero no puedo contenerme. Mientras me dirijo hacia ella, la llamo por su nombre.

—Maya. ¿Podemos hablar?

Parpadea, mordiéndose el labio. Finalmente, asiente.

—Sí.

Lejos de la conmoción, encontramos un lugar tranquilo. Inhalo, reuniendo mis pensamientos para lo que estoy a punto de transmitir.

—Te debo la verdad. Sobre todo.

Se cruza de brazos y entrecierra los ojos al mirarme.

—Sí, me lo debes.

Un dolor sordo me desgarrar la nuca. Tras masajear la tensión, cierro los párpados y vuelvo a abrirlos. Ya estoy preparado.

—Mi verdadero nombre es Devin Wolfe. He estado usando un alias porque... bueno, por mi padre.

Sus cejas se arrugan.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Mi padre era un hombre poderoso, pero no era bueno. Estaba implicado en muchas cosas oscuras e ilegales: blanqueo de dinero, negocios sucios, de todo. Todo salió a la luz después de su muerte y encontré pruebas de lo que había hecho.

Me mira fijamente, con las pupilas dilatadas, pero no habla.

Continúo.

—Sabía que, si alguien se enteraba, destruiría la reputación de nuestra familia y arruinaría todo lo que habíamos construido. Así que lo enterré. Asumí el deber de proteger el legado de nuestra

familia y mantener el secreto.

—De acuerdo. —Juguetea con su collar antes de aclararse la garganta—. Esta historia es un poco exagerada. No estoy segura de creerme todo esto.

Mis hombros se tensan.

—Si no me crees, pregunta a mis dos hermanos pequeños, Zack y Tristan. Ellos saben la verdad.

—Bueno, si tus hermanos lo saben, ¿por qué *eres* el único que se esconde?

Suspirando, le digo la verdad.

—Porque la culpa es solo mía.

Se queda quieta.

—¿Qué hiciste?

Trago saliva con dificultad, sabiendo que tengo que darle detalles.

—Después de la muerte de mi padre, había un negocio que él organizó. Algo turbio. Pensé que podría gestionarlo, pero las cosas salieron mal. Me entró el pánico y tomé una decisión... Pagué a alguien para eliminar el problema, pero en lugar de solucionar nada, lo empeoré todo.

Sus ojos se vuelven hacia los míos y se agrandan.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estuviste involucrado en algo ilegal?

Trago saliva.

—Sí, pero tengo una buena razón.

Me mira fijamente, esperando.

Tengo que contarle la historia completa, por oscura que sea.

—Mi padre tenía vínculos con la mafia. Es algo que todos sabíamos, pero de lo que nadie hablaba. Usaba sus conexiones para proteger sus intereses, para mantener a la familia Wolfe en la cima.

Sus ojos se abren aún más, pero se queda callada, así que continúo.

—Cuando se puso enfermo, muy enfermo, la mafia empezó a presionarle para que cerrara un último trato. Pero para entonces estaba demasiado débil. Como soy el único otro promotor inmobiliario de la familia, recurrieron a mí.

Su boca se abre y sus dedos tocan sus labios entreabiertos.

—Era un gran negocio inmobiliario —explico—. A primera vista, parecía legal, pero la financiación procedía de dinero blanqueado, dinero sucio. La mafia quería que se hiciera rápido y no aceptaban un no por respuesta.

La respiración de Maya se acelera.

Ya no puedo parar.

—Una noche, me reuní con uno de sus matones para ultimar los detalles —digo, con la voz ligeramente temblorosa—. Las cosas se pusieron tensas. Empezó a amenazarme. Dijo que iría a por mi familia si no accedía a sus peticiones. Entré en pánico y... las cosas se descontrolaron.

Hago una pausa, luchando por encontrar las palabras para describir lo que ocurrió a continuación.

—Hubo una pelea. Le di un puñetazo y se golpeó la cabeza con la esquina de una mesa. Murió al instante.

Maya jadea y se lleva la mano a la boca.

—Devin...

Me tiembla la barbilla cuando me invaden el miedo y la culpa.

—No tenía ni idea de qué hacer. Llamé a uno de los antiguos socios de mi padre y me ayudó a encubrirlo. Hicimos que pareciera que el tipo se había ido de la ciudad y había desaparecido. Pero la mafia se lo creyó a medias, y desde entonces me vigilan, esperando a que cometa un error.

Durante un largo rato, permanece en silencio, con sus ojos marrones llenos de turbación.

—¿Y por eso te has estado escondiendo? ¿Por qué creaste este personaje?

—Sí —admito, con la voz cruda por la emoción—. Pensé que, si me convertía en otra persona, si enterraba a Devin Wolfe, podría proteger a mi familia y mantenerla a salvo. Pero me está destrozando, Maya. La culpa y el miedo me consumen.

Aparta la mirada y se rodea con los brazos.

—Deberías habérmelo dicho. ¿Soy tan poco de fiar? Creo que he sido bastante sincera contigo. El dolor en su voz me rompe el corazón.

—Temía que me vieras como un monstruo si lo sabías. Pensé que, si alguna vez te enterabas, te marcharías y te perdería para siempre.

Suspira y se echa hacia atrás, arqueando las cejas.

—Esto es... mucho, Devin. Ni siquiera sé cómo procesarlo.

—Lo entiendo, y no espero que me perdones de inmediato. Pero quiero que sepas que he dejado de esconderme, y que me enfrentaré a lo que sea por otra oportunidad contigo.

Mientras mira hacia abajo, le brillan las lágrimas en los ojos.

—No tengo ni idea de qué hacer.

—Tómate tu tiempo. Esperaré tu respuesta.

Ella asiente, y aparece una pizca de comprensión.

No es una resolución total, pero es un inicio. Y por ahora, es todo lo que puedo pedir.



Maya

No puedo dejar de pensar en todo lo que me contó Devin. Han pasado días desde que lo vi en la obra del Oasis, pero el impacto de su confesión persiste en mi pecho.

El hombre que conocí, David, nunca fue real. Devin Wolfe, con todos sus secretos, todas sus cargas, es de quien me había estado enamorando. Y ahora que tengo la verdad, ¿qué debo hacer con ella?

Me siento junto a la ventana, observando la ciudad, con los pensamientos desbocados. El hombre que deseo está relacionado con un mundo oculto de crimen y mafia, como sacado de una película. Pero es real. Es nuestra realidad.

Me duele el corazón cuando pienso en todo lo que hemos pasado: el proyecto, las discusiones, la pasión. Pero ahora esta cosa oscura se cierne sobre nosotros, amenazando con consumir todo lo que hemos construido. Debería correr en dirección contraria y poner la mayor distancia posible entre nosotros, pero no puedo. No importa lo peligroso que sea su mundo o lo mucho que me haya herido con un nombre falso, le quiero.

Ese solo pensamiento es suficiente para hacerme llorar. ¿Puedo amar a un hombre con incontables secretos? ¿Un hombre que ha formado parte de algo tan peligroso y corrupto?

Recuerdo sus ojos, llenos de vulnerabilidad y de miedo a perderme. No solo se protegía a sí mismo. Sacrificaba su libertad de identidad para proteger a su familia.

Doy un largo suspiro, calmando la inquietud. No puedo ignorar el peligro. Los vínculos de Devin con la mafia nos ponen en peligro. Pero tampoco puedo ignorar cómo se acelera mi corazón cada vez que estoy con él. No será fácil, porque amarlo significa aceptar todo lo que viene con él: el pasado, los secretos, el peligro.

Me levanto, decisión tomada. Tengo que volver a verle. Hablaremos cara a cara y decidiremos qué hacer a partir de ahora.

Cuando llego al terreno, enseguida veo a Devin. Está de pie con el equipo, hablando con ellos con una seriedad que me pilla desprevenida. Me quedo atrás, observándole desde la distancia.

—Tengo algo importante que anunciar. —La voz de Devin se oye por encima del ruido de la construcción, llamando la atención—. A partir de hoy, vamos a cambiar el proyecto El Oasis. Vamos a alinear este desarrollo con prácticas sostenibles, centrándonos en el impacto medioambiental y la gestión responsable de los recursos.

Una calidez se extiende a través de mí. Con todo lo que ha ocurrido en los últimos días, casi había olvidado mi misión y la razón por la que conocí a Devin. Pero lo está haciendo, que el proyecto del hotel sea más sostenible, para la ciudad, para el planeta y para mí. Está haciendo una declaración explícita al mundo de que está dispuesto a cambiar, a hacerlo mejor.

Cuando termina la reunión, mira a su alrededor y busca algo, o a alguien.

Antes de pensarlo demasiado, camino hacia él, con el corazón latiéndome en los oídos.

Cuando por fin me ve, un brillo se extiende por sus angulosas facciones.

—Maya.

—He oído lo que has dicho. Lo estás haciendo de verdad.

Asiente con la cabeza, acercándose.

—Este proyecto es más que un trabajo para mí. Es una oportunidad para rectificar las cosas. Para ti y para nosotros.

Mi corazón se hincha de emoción, pero un miedo persistente me acosa.

—¿Y qué pasa con la mafia? ¿Qué pasa si se enteran?

Sus ojos se oscurecen ligeramente, pero no aparta la mirada.

—Saben dónde encontrarme. Ya no viviré con miedo. Fue un accidente y no seguiré huyendo.

Una larga pausa llena el aire, el ruido de la construcción se desvanece. Es sincero y veraz, pero hay algo más que me acelera el corazón.

—¿Por qué ahora, Devin?

Su cabeza se inclina hacia un lado.

—¿Qué?

—¿Por qué has decidido dejar de esconderte ahora?

—Tú. —Su voz es cruda por la emoción—. Has cambiado mi perspectiva y me has hecho querer ser mejor persona. No se trata solo del proyecto. Se trata de demostrarte que voy en serio, que estoy dispuesto a luchar por una vida contigo.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero simbolizan la esperanza.

—Sigo enfadada. Y dolida. Pero entiendo por qué hiciste lo que hiciste.

Asiente con la cabeza.

—Es un comienzo.

Nos quedamos en silencio, con un manto de consuelo envolviéndonos por fin.

—Maya, hay algo más que necesito preguntarte.

El corazón me late con fuerza en el pecho mientras le miro.

—¿Qué ocurre?

Respira hondo y traga saliva.

—Sé que te he hecho daño, pero estoy enamorado de ti, Maya. Nunca había sentido esto por nadie, y me niego a pasar otro día sin ti.

Se me corta la respiración, la intensidad de sus palabras me golpea como un maremoto.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una cajita de terciopelo.

—He guardado esto durante una semana, esperando el momento perfecto. —Lo abre y descubre un impresionante anillo de diamantes. Las gemas captan la luz y brillan con la promesa de una eternidad—. ¿Quieres casarte conmigo?

Todo lo demás se desvanece: el peligro, el miedo y el pasado. Lo único que veo es a él de pie, ofreciéndome su corazón y su vida. Y sé lo que esto significa. Entiendo los riesgos y los retos a los que nos enfrentaremos. Está ligado a un mundo peligroso que podría ahogarnos a los dos, pero le quiero y no concibo mi vida sin él.

Tras deleitarme con la belleza del anillo, le estudio. Se lo juega todo, me confía sus secretos más oscuros y su futuro. Estoy dispuesta a hacer lo mismo.

—Sí, Devin. —Una sonrisa se dibuja en mi cara—. Sí, me casaré contigo.

Después de levantarse, me coge en brazos y me estrecha. Me aferro a él, saboreando la fuerza de su abrazo y el latido constante de su corazón. Prometo permanecer a su lado en todo momento, no solo en los buenos. Permaneceré a su lado, cueste lo que cueste, incluso si eso significa enfrentarse a los peligros de su pasado.

Apoyo la cabeza en su amplio pecho.

—Aún tenemos mucho que resolver, pero lo haremos juntos.

Me da un beso en la frente.

—Juntos.

Mientras estamos allí, abrazados, la calma se apodera de mis hombros. Esto es solo el principio. Habrá retos y peligros que no podemos prever, pero los afrontaremos juntos. Con

Devin a mi lado, estoy preparada para lo que venga, porque tenemos un hermoso futuro por el que merece la pena luchar.



Epílogo

ZACK

Tres meses después

El sol se pone, irradiando un tono dorado sobre el paisaje desértico mientras me reclino en mi silla, contemplando la escena que tengo ante mí. La boda de Devin. ¿Quién lo habría pensado? El hombre, que se escondió tras una identidad falsa durante años, se casa ahora con su verdadero amor.

La ceremonia es preciosa, de eso no hay duda. Maya está impresionante con su vestido, preciosa y radiante, y Devin... bueno, nunca le había visto tan feliz. El tipo está prácticamente flotando en el aire con esos brillantes zapatos de boda.

Dicen que fue amor a primera vista. Por imposible que parezca, una buena mujer tiene el poder de hacer creer a un hombre en los cuentos de hadas y hacerle recapacitar rápidamente.

Sin embargo, lo que más me llama la atención no son los votos, las flores o las constantes sonrisas. Es la lista de invitados.

Al escudriñar a la multitud, mi vista se posa en algunos rostros familiares, del tipo que uno esperaría ver en una rueda de reconocimiento de la policía y no en una boda. Mafiosos de poca monta deambulan por la pista, todos trajeados y tratando de pasar desapercibidos. Pero bueno, estamos en Las Vegas. Si no puedes tener unos cuantos criminales en tu boda, ¿dónde puedes tenerlos?

Me río para mis adentros, dando un sorbo a mi bebida. Mientras me siento, dejo que mis pensamientos vaguen hacia mi mundo: mis clubes nocturnos. El negocio va viento en popa. De hecho, mis clubes van tan bien que hacen llorar a la señorita Bianca Fitzgerald.

Bianca es mi mayor rival. Su solitario club nocturno es excesivamente pijo, con sus cócteles y su decoración extravagantes, pero ¿el mío? Mis clubes son pura energía. Las multitudes acuden de todo el país para pasar la mejor noche de sus vidas. Eso es algo que una novata como Bianca no puede comprar.

Dentro de unos días, ambos asistiremos a una entrega de premios, donde me coronarán príncipe de la vida nocturna —una vez más— y Bianca tendrá que verlo pasar. Me muero de ganas de ver cómo se le llena la cara de frustración.

Pero esta noche, cuando vuelvo la vista hacia la feliz pareja, veo cómo comparten su primer baile. La forma en que se miran es como si nada más importara. Incluso a un hombre como yo se le saltan las lágrimas.

Quizá algún día yo también encuentre a alguien que comprenda mi lado salvaje y se quede conmigo a largo plazo. O tal vez siga haciendo lo que mejor sé hacer: vivir la vida a mi manera, sin ataduras.

Después de todo, soy Zack Wolfe. Salvaje, loco y siempre listo para un desafío.

El ritmo sube y soy el primero en lanzarme a la pista de baile, arrastrando conmigo a algunos invitados reticentes. Porque eso es lo que hago: mantener la fiesta, pase lo que pase. ¿Y esta noche? Esta noche celebramos el amor, la vida y todo el caos que hay en medio.

Mientras hago girar a una dama de honor achispada, capto la mirada de Devin al otro lado del salón de baile. Me hace un gesto con la cabeza, un agradecimiento silencioso, y yo alzo mi copa a cambio. Puede que vivamos en mundos diferentes y nos enfrentemos a demonios distintos, pero al fin y al cabo seguimos siendo hermanos. Y por eso merece la pena brindar.



Próximo libro de la serie: Deseo prohibido (Rivales de la familia Wolfe, Libro 4)

¿Qué ocurre cuando Zack Wolfe, el indomable rey de la vida nocturna de Las Vegas, se despierta casado por accidente con su sofisticada rival, Bianca Fitzgerald?

Sumérgete en su candente viaje de competición e innegable química en ***Deseo prohibido***.





Sobre la autora

Janica escribe historias de amor picantes sobre hombres seductores y las atrevidas mujeres que se enamoran de ellos. Comenzó escribiendo historias con final feliz cuando era adolescente, pero recientemente ha empezado a incluir un toque picante en sus relatos y a publicarlos en Internet.

Está casada con un hombre que afirma ser multimillonario por derecho propio, pero que se niega a contratar a alguien que le ayude en la cocina. Ambos son unos yonkis digitales y trabajan todo el día codo con codo en un gran escritorio. Eh, pero mientras haya un cuenco con alubias de gominola entre ellos, todo va bien.

Viven en Las Vegas con un perro pomerania que se comporta como un gato.

Le encanta tener noticias de sus lectores. Contacta con ella en janicacade@gmail.com



Deja una opinión

Gracias por leer esta serie. Estoy encantada de que decidieras echarle un vistazo. Si te ha gustado leerla, te agradecería que dejaras una opinión. Cuéntame cuál ha sido tu personaje favorito. Leo todas las opiniones y las tengo en cuenta para mis próximos libros. También son de ayuda para que otros lectores voraces puedan encontrar mis libros.



Otras obras de Janica Cade

Serie Contrato con un multimillonario

Sucio mentiroso

Serie El legado de Blake:

Libro nº 1: Bebé para el CEO

Libro nº 2: Bebé para el vecino

Libro nº 3: Bebé para el acosador

Libro nº 4: Bebé para el gruñón

Libro nº 5: Bebé para el mejor amigo de mi hermano

Serie Rivales de la familia Wolfe

Libro nº 1: Beso prohibido

Libro nº 2: Toque prohibido

Libro nº 3: Amor prohibido

Libro nº 4: Deseo prohibido

Libro nº 5: Placer prohibido

¡Escanee el código QR para obtener enlaces a todos los libros!



Table of Contents

1. Maya	
2. Devin	
3. Maya	
4. Devin	
5. Maya	
6. Devin	
7. Maya	
8. Devin	
9. Maya	
Epílogo	
Sobre la autora	
Deja una opinión	
Otras obras de Janica Cade	